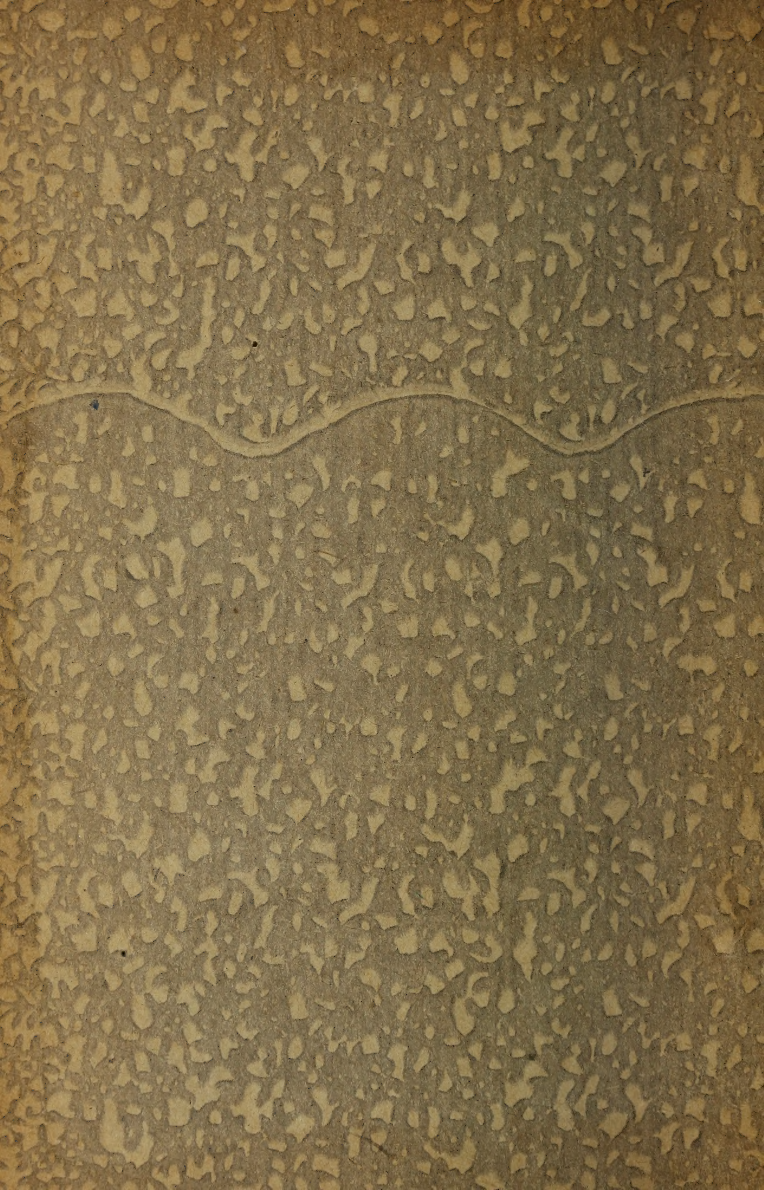
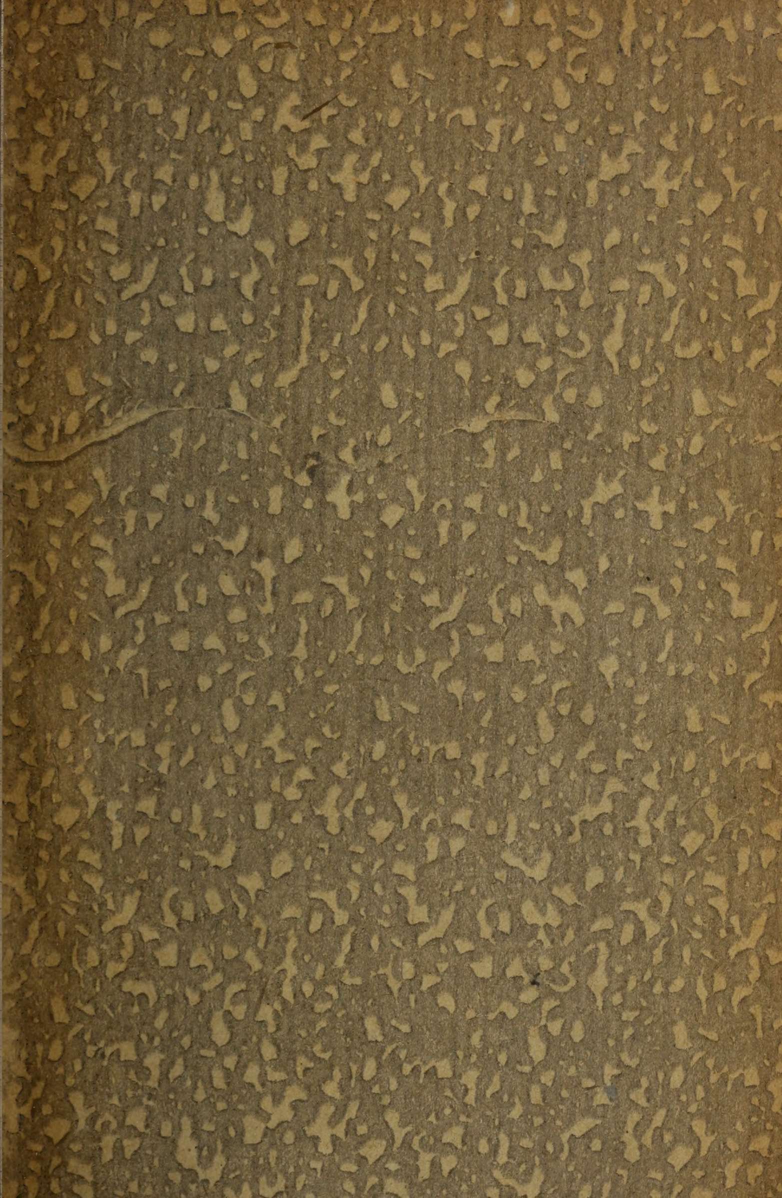

3 1761 09546631 4





SOR SIMONA

Hijos de Tello, impresores. Carrera de San Francisco, 4.

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

SOR SIMONA

DRAMA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS

Representóse en el Teatro Infanta Isabel la noche del 1.° de Diciembre de 1915.

2.000



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1916

PERSONAJES

SOR SIMONA, treinta y ocho años......	SRTA. GÁMEZ.
NATIKA (Natividad), setenta años largos.	SRA. VALDIVIA.
MIGUELA, sesenta años...............	SRA. ANAYA.
SACRIS (cabecilla carlista), treinta y cinco años..........................	SR. TALLAVÍ.
ULIBARRI (D. Salvador), sesenta años	SR. REQUENA.
CLAVIJO (médico militar alfonsino), cuarenta años........................	SR. AGUILAR.
MENDAVIA (comandante carlista), cuarenta años..............................	SR. GABALDÓN.
ANGEL NAVARRETE, diez y ocho años.	SRTA. LÓPEZ HEREDIA.
TIRÓN (posadero riojano)..............	SR. NAVARRO.
GAZTELU (Juan de Dios), cabecilla carlista................................	SR. NAVAS.
ARRETAGOITIA (cabecilla carlista)....	SR. INFIESTA.
ZUBIRI (ídem íd.)........................	SR. SALAS.
BLAS (criado de la posada)..............	SR. YUST.
SAMPEDRO (viejo castellano)..........	SR. RUBIO.

Soldados carlistas y paisanos.

La acción en diferentes pueblos de Navarra, año de 1875.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Sala baja en una posada de Lodosa, villa de Navarra. Al fondo gran puerta, por donde se ven los patios y la escalera que conduce á las habitaciones superiores. A la izquierda puerta que conduce á una estancia llamada el cuartón, que ha servido de dormitorio á los arrieros y luego se ha destinado á diferentes usos, por exigencias de la guerra encendida en el país navarro. A la derecha otra puerta, que da paso á la calle y comedores de la posada. En el centro de la escena varias mesas, donde se sirve café ó copas á los parroquianos que vienen de la calle. En las paredes prospectos de vinos y licores y alacena de botellas.

Izquierda y derecha, se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

CLAVIJO, médico militar, disfrazado de trajinante rico que recorre el país á caballo. MENDAVIA, oficial carlista, vestido de zamarra, botas de montar y boina blanca.

—

CLAVIJO

(Viendo entrar á Mendavia por la derecha.) ¿Y qué? ¿No ha parecido?

MENDAVIA

No.

CLAVIJO

Como has tardado tanto, creí que...

MENDAVIA

(Sentándose frente á su amigo.) Verás... Empecé mis indagaciones por la iglesia parroquial. He interrogado á todos los curas, sacristanes y hasta al organista de la santa iglesia, y unos me han dicho que la han visto, sin asegurar dónde ni cuándo; otros que no saben nada; luego me fuí al santuario de San Gregorio Ostiense, junto al castillo; de allí al hospital; hablé con los pocos enfermos que allí hay y con los hermanos recoletos que los cuidan, y tampoco saben una palabra. En resolución, mi querido Clavijo, que la desdichada Sor Simona que buscamos, ó no ha estado nunca en Lodosa, ó se la tragó la tierra.

CLAVIJO

Antes que la tierra ó las aguas del Ebro se la traguen, hemos de encontrar á la pobre hermanita que vaga por estos pueblos, según

nos han dicho en el camino de Viana. Hemos prometido á las hermanitas no descansar hasta que logremos apoderarnos de la infeliz demente fugitiva, para devolverla á la comunidad, que llora el desvarío de su santa compañera.

MENDAVIA

Seguiremos el ojeo y la batida por todo el Condado de Lerín en persecución de esa fierecilla de Dios. Pero yo estoy desfallecido.

CLAVIJO

Yo también. Llamemos á Tirón, el posadero diligente y charlatán...

MENDAVIA

(Saliendo al foro, llama.) ¡Tirón, Tirón!

ESCENA II

LOS MISMOS.—TIRÓN, que entra por la puerta izquierda, en mangas de camisa, y trae una damajuana en los brazos. Tras él viene Blas, con un serillo de esparto lleno de botellas.

TIRÓN

Chiquio, lleva esto arriba (le da la damajuana) y trae á estos señores café, salchichón y aguardiente.

MENDAVIA

Aguardiente del de Lodosa.

TIRÓN

De Lodosa no, ridiós, que es aguachirle arrematao. Tráelo del de Cuscurrita, mi tierra, que es la gracia divina. (Vase el criado.) Dos palabricas, mi comendante: vusted me llamó casi arriba y yo respondí casi abajo. Estaba sacando de este cuartón toa la bebía pa meter los hiridos de esta maldita guerra.

CLAVIJO

Ya sé que el alcalde te ha mandado que prepares tu posada para recibir heridos. (Entra Blas con el servicio de café y copas.) Pero dejemos eso; siéntate aquí y toma una copita.

TIRÓN

¡Otra!, míe que tengo quihaceres mil.

CLAVIJO

Un momento. Cuando Mendavia me dejó solo para recorrer la villa averiguando si

está en ella la hermanita que buscamos, yo te interrogué sobre el particular.

TIRON

Y yo contesté que no sabía nada de esa hermanita-correntona.

CLAVIJO

Pero que en Lodosa una viejecita...

TIRÓN

Natika, una pobre que vende escapularios, aleluyas y otras chucherías, la cual me aseguró que la vió en Carcar.

CLAVIJO

Y que habló con ella. Tú quedaste en llamarla, para que oyéramos el relato de su propia boca.

TIRÓN

Que sí, que sí; hice el encargo, y la vieja Natika no tardará en llegar. Pero diga, mi comendante: la que andan ustés buscando ¿es, como quien dice, monja?

MENDAVIA

Es una hermanita de las de San Vicente de Paúl.

CLAVIJO

De las que estaban en el hospital de Viana, destruído hace poco, como tú sabes, por un gran incendio. No nos metamos á inquirir si esto fué casual ó por mano de los facciosos que allí estuvieron.

MENDAVIA

No, eso no: fué casual; me consta.

CLAVIJO

Y tan rápido, que apenas dió lugar á las religiosas para ponerse en salvo. Entre ellas había una llamada Sor Simona, que padecía desde hace años enajenación mental. Sus compañeras la tenían recluída en una celda de la enfermería, cuidándola con tanto esmero como cariño.

MENDAVIA

Toda la comunidad la tiene en gran estima, por su virtud y la dulzura de su carác-

ter, que no se desmintió ni aun después de manifestarse en ella la dolencia cerebral.

TIRÓN

Un caso igual pasó mesmamente en Calahorra con una monja de las que llaman capuchinas, la cual se trastornó de la noche á la mañana y dió en la tecla de querer tirarse por la ventana á la calle ó de maltratar á las demás monjas.

CLAVIJO

La nuestra, la de Viana, no ha sido nunca así: después de perdido el seso, sigue tan pacífica y piadosa como antes lo fué. Su locura consistía en suponerse que vivía en épocas muy anteriores á la actual; en querer infringir las reglas de la Orden, pretendiendo salir del convento para recobrar su libertad y lanzarse al través de los campos.

MENDAVIA

Y dos años ha que logró escaparse, y estuvo tres días por esas aldeas cogiendo flores, visitando los cementerios y curando á los enfermos que encontraba en su camino.

CLAVIJO

Desde esa ocasión se vieron precisadas las hermanas á recluirla en la enfermería.

TIRÓN

¡Otra!, y la noche del fuego en Viana la señá Simona dijo: «Esta es la mía», y se escapó.

CLAVIJO

Las hermanas me han contado que al huir del incendio salieron todas juntas en buen orden. A Sor Simona la llevaban bien vigilada, pero en la confusión de aquella horrible noche se les perdió. Buscáronla en la calle, y no pareció; total: que la comunidad tomó la dirección de Logroño, encargando á varias personas la busca y captura de la fugitiva, en Viana ó sus contornos. Algunos aldeanos dijeron haberla visto camino de Lerín, y otros camino de Los Arcos. Mi amigo Mendavia y yo hemos recorrido esta comarca, y don Salvador Ulibarri, que es tío carnal de Sor Simona, ha ido hacia Los Arcos.

TIRON

¡Ridiós! Ulibarri, don Salvador, el famoso médico y rico hacendao de La Guardia. ¡Ricontra!, es muy mi amigo: antier pasó por aquí y me dijo que llevaba un premiso de Dorregaray pa andar por estas tierras.

MENDAVIA

Pues nosotros por un lado y Ulibarri por otro, hemos de atraparla; y con mucha precaución y todos los miramientos, la devolveremos á la comunidad.

CLAVIJO

La encontraremos, aunque para ello sea preciso recorrer toda Navarra. Yo tengo salvoconducto de Moriones para investigar en todos los pueblos ocupados por el ejército alfonsino.

MENDAVIA

Y yo lo tengo de mi primo Dorregaray, para hacer lo mismo en las localidades que domina el carlismo.

ESCENA III

LOS MISMOS.—NATIKA, que entra por la derecha, llevando en el brazo una cesta con las baratijas que vende. Es una viejecilla ágil y vivaracha, vestida pobremente, pero con limpieza; su cabello blanco recogido con moñete en la coronilla.

NATIKA

¿Dan su premiso?

TIRÓN

Entra, Natika. (Se levanta y le señala la silla que él deja vacía.) Siéntate aquí. Toma una copita de lo de mi tierra, que es cosa buena para avivar la memoria y despegar la lengua. Contarás á estos caballeros lo que hablaste con aquella señora monja que viste en Carcar. (Natika se sienta, y Clavijo le sirve una copa.) Y á mí denme licencia para dirme á mi obligación, que el arcarde me romperá su vara en las costillas si no hago lo que me manduvo. ¡Ay qué vida más perra! (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

CLAVIJO, MENDAVIA, NATIKA

NATIKA

(Después de paladear la bebida, se santigua.) Pues siñor...

CLAVIJO

Dinos, ante todo, cómo era la señora que viste en Carcar; su rostro, su talle, sus maneras, su acento...

MENDAVIA

Así, por la pintura, sabremos si es efectivamente Sor Simona ú otra que se le parece.

NATIKA

Cara pulida, cuerpo sotil, ligerica de andares; años, la barrunto como de los treinta y cinco á los cuarenta; los ojos, como las estrellicas del cielo.

MENDAVIA

Ella es.

NATIKA

Estábame yo con otros pobres á la puerta de la iglesia cuando la vimos llegar, y lo mismo fué vernos ella que echarnos un mirar de muchisma misericordia, que á todos nos dejó encandilaos. Entró en la iglesia; tras de sí quedó un fuerte olor de santidad...

MENDAVIA

Explícanos cómo era ese olor de santidad.

CLAVIJO

¿Llevaba flores?

NATIKA

Sí, que sí; llevaba en las manos puñaos de clavellinas, azucenas y rosas.

CLAVIJO

(Vivamente.) Ya no hay duda. Una de sus más arraigadas manías es andar siempre con flores, para ponerlas en los altares.

NATIKA

Sin querer me metí en la iglesia detrás de

ella, y la vi mojar los dedos en el aguabenditera pa santiguarse.

MENDAVIA

Y tú y los otros pobres, ¿la esperasteis á la salida?

NATIKA

¿Cómo no esperarla, pues? Nos pusimos en fila, y cuando salió, á todos y cada uno nos echó una palabrica de consuelo. A los chicos les cogía la cara y les besaba, y á los viejos palmaditas en el hombro nos dió. Y dale con preguntar si alguno estaba enfermo pa curarlo ella. A uno que tiene los ojos con pitañas preguntóle dónde vivía, pa llevarle una agüita curandera que ella sabe hacer. A un perlático, le dijo que con unturas que ella tiene le curaría. Yo me pienso que es una santisma medica.

MENDAVIA

Es boticaria.

NATIKA

Anda que te andarás con pies ligeros, la madre del buen olor se fué metiendo entre unos robles que en hacia acá de la iglesia es-

tán; y nosotros los pobres, que si quiés, sin poder desapararnos de ella, la seguíamos pues. Sentóse la señora en el suelo arrimadica al tronco de un arbóle, y tirando de rosario, venga rezar. Respondíamos nosotros al son de los Padrenuestros y Avemarías de ella, echando de nuestras bocas suspiros y de nuestros ojos glárimas de purisma devoción, tal y como en jamás de los jamases la hubimos sentido. Ella era santa pues. Nosotros pensábamos que se nos iba metiendo en el alma su santidad. Acabado el rosario con las letanías, la señora en pie se puso muy derecha, y nos dijo así: «Adiós, queridos hermanos: yo sigo mi camino; quedaos aquí, y no hagáis intención de seguirme.» Le besamos todos sus manos blancas, que seguían goliendo á rosas y azucenas. Para todos tuvo un decir amoroso.

MENDAVIA

¿Y adónde fué?

NATIKA

Al lugar de Andosilla.

MENDAVIA

(Levantándose.) Bendita sea esta pobre mujer. Nos ha dado la luz que buscábamos.

NATIKA

Espérense un poco. Cuando la señora nos mandó de no seguirla, obedecimos como si la mesma Virgen nos lo mandara pues; pero entre los que allí estaban había un cojo, travieso y de mala idea, que andaba con muletas, y el tal se empeñó en seguirla, y luego volvió y nos dijo que había torcido á la izquierda, como para ir á Sesma.

MENDAVIA

Esta sí que es buena; os engañó porque no quiere que se sepa adonde va.

NATIKA

Mal pensao, ¿quiere usté confundir ó qué? Señora tan santa, mentirosa no es. Sería, me pienso yo, que en el camino cambeó de idea pues.

CLAVIJO

Sea lo que fuere, el problema se ha simplificado mucho. Ya sabemos que ha de estar en Andosilla ó en Sesma. ¿En qué te fundas, Natika, para decir que está en Sesma?

NATIKA

Dígolo porque en Sesma dos cosas hay que á la señora gústanla mucho: flores haber muchas y epidemia de enfermos.

MENDAVIA

Esta pobre iluminada me parece que está en lo cierto. A Sesma.

NATIKA

(Con firme convicción.) A Sesma, sí, que sí.

CLAVIJO

Pues ahora propongo yo una cosa. Tú, Mendavia, debes ir á Sesma inmediatamente. Yo esperaré unas horas aguardando á don Salvador Ulibarri, que fué anteayer á Los Arcos y debe estar al llegar.

MENDAVIA

(Puesto en pie para marchar.) Nos conviene que lleves contigo á Ulibarri; es su tío, es de su sangre, y nos ayudará á trincar la fierecilla de Dios, y devolverla, con las debidas precauciones, á la comunidad.

CLAVIJO

Pues vete ya. Conviene ganar tiempo. (**Aparece Tirón por el fondo.**)

ESCENA V

LOS MISMOS.—TIRÓN

MENDAVIA

Tirón, dame mi caballo.

TIRÓN

¡Otra! ¿Pero se va ya?

MENDAVIA

Sí.

TIRÓN

¿Aónde?

CLAVIJO

A Sesma.

TIRÓN

¿Es que está allí la señora que buscan?

NATIKA

Sí.

TIRÓN

¿Tú qué sabes?

NATIKA

Sí que sé.

TIRÓN

Esta endivina las cosas dende lejos. (Oyénse ruidos de caballerías que entran por los patios.)

CLAVIJO

¿Quién viene?

TIRÓN

¡Ridiós!, serán los arrieros de Lerín.

NATIKA

No son los arrieros de Lerín; son los de Dicastillo, y detrás de ellos viene la partida de Sacris.

TIRÓN

(Escuchando desde la puerta del fondo.) Pues sí que adivina.

MENDAVIA

(Inquieto.) Tirón, mi caballo. Quiero echar á correr antes que venga Sacris, porque es muy hablador y no me dejará partir.

CLAVIJO

¿Quién es ese Sacris?

MENDAVIA

Es aquel que vino conmigo persiguiendo á los liberales cuando trajisteis á... Tafalla el cadáver del general Concha, muerto en Montemuro. Mi caballo, Tirón. (Vanse Tirón y Mendavia por el fondo.)

CLAVIJO

¿Y cómo sabes que viene la partida de Sacris?

NATIKA

¡Ay, siñor! En esta bendita tierra las pisadas me suenan aquí drento (señala con el dedo su cabeza) dende larguísimas distancias.

CLAVIJO

Sin duda eres una vidente, una iluminada.

NATIKA

(Disponiéndose á salir.) Yo no sé lo que soy; sí sé que he visto mucho mundo. Dios le guarde, siñor.

CLAVIJO

¿Adónde vas ahora?

NATIKA

Al cimenterio. Tengo allí enterraos tres hermanos, que murieron por su Dios y por su rey, y no pasa día sin que yo vaya á echarles muchos rezos pa que Dios les dé la gloria eterna. (Encaminándose á salir por la derecha.) Y váyase pronto á Sesma.

CLAVIJO

Espero á Ulibarri, que debe venir hoy.

NATIKA

(Ya en la puerta.) Pues ahí le tiene ya. Ahora entra. (Desaparece por la derecha.)

CLAVIJO

¿Será verdad? (Escuchando por el fondo.) Pero

esta mujer ¿es zahorí, ó qué demonios es? (Entra por el fondo Tirón, muy sofocado.) ¿Qué hay, Tirón?

TIRÓN

Hay... (Limpiándose el sudor.) Que ha venido don Salvador Ulibarri, y tras él la caballería de Sacris.

CLAVIJO

¡Ah, don Salvador! ¡Qué alegría! ¿Dónde está?

TIRÓN

Ahora viene. Me ha dicho que en cuanto él y su caballo descansen un poco, vendrá á ponerse á las órdenes de usted para ir juntos á Sesma. Aquí está ya. (Entra Ulibarri. Clavijo y él se abrazan efusivamente. Vase Tirón.)

ESCENA VI

CLAVIJO, ULIBARRI

CLAVIJO

¡Oh, amigo Ulibarri, cuánto me alegro de verle!

ULIBARRI

¿Pues qué he de decir yo, que no deseaba otra cosa?

CLAVIJO

Aquí estamos dos médicos, igualmente interesados en apoderarnos de la desdichada Sor Simona. Usted como pariente cercano de ella; yo como amigo y médico, que he tenido la ventaja de asistirla en los hospitales de Logroño y de Viana.

ULIBARRI

Sí; recogeremos á la fugitiva y trataremos, sino de curarla, de aliviar su fatal dolencia. Para eso están los médicos.

CLAVIJO

Pèro distingamos. Usted, señor Ulibarri, es un doctor eminentísimo de los más sabios que tenemos por acá, y yo soy un pobre practicón de pueblo y un físico de tropa...

ULIBARRI

¡Oh! No, no. Usted, querido Clavijo, tiene sobre mí la ventaja de haber conocido de cer-

ca el caso que vamos á examinar... ¿Qué razón hay para que vayamos á Sesma?

CLAVIJO

Que según mis noticias, allí está Simona. Al amigo que me acompaña en mis pesquisas, Mendavia, usted le conoce...

ULIBARRI

Sí, el primo de Dorregaray.

CLAVIJO

Hace un rato salió para Sesma. Yo no he ido con él por esperarle á usted.

ULIBARRI

Pues en Los Arcos me dijeron que mi sobrina estaba en El Busto, y en El Busto me aseguraron haberla visto aquí, en Lodosa.

CLAVIJO

Eso pudo ser hace unos días; hoy, según referencias muy verosímiles, donde está es en Sesma.

ULIBARRI

Pues allá iremos en cuanto mi caballo co-

ma y se reponga del julepe que le he dado para venir hasta aquí. ¿Cree usted que encontraremos allí á mi sobrina?

CLAVIJO

Lo espero; mas no lo aseguro, porque esa mujer á quien todavía no he podido echar la vista encima recorriendo esta comarca á pie ó á caballo, debe tener en sí algo de sobrenatural, porque se esconde y aparece por arte de encantamento, no dejándose ver de los que con tanto afán la buscamos.

ULIBARRI

Lo mismo he pensado yo; pero como no creo en visiones ni en desapariciones misteriosas, trato de indagar ahora la situación psicológica, el estado de alma de mi sobrina en el segundo período de su existencia. Debo decir á usted, mi querido compañero, que no he visto á Simona desde que ingresó en la Santa Congregación de San Vicente de Paúl. Desde aquel solemne día hasta los días tristes en que mi sobrina perdió la razón, usted que fué su médico en Logroño y en Viana, podrá decirme lo que observó en ella.

CLAVIJO

Yo puedo decir á usted de Sor Simona, que desde su ingreso en la Orden se señaló como un ser purísimo en quien resplandecían todas las virtudes. Sus compañeras la tenían en gran estima; los enfermos la miraban como á criatura celestial. A todos cautivaba por su carácter alegre y un tanto jovial. Empezó sirviendo en la botica como auxiliar de Sor Adelaida, y al morir ésta la sustituyó en sus funciones, hasta que se notaron en ella los primeros síntomas de locura.

ULIBARRI

Explíqueme bien, querido Clavijo, las primeras manifestaciones de esa locura, su desarrollo, etc., etc. (Cogidos del brazo se pasean por la escena.)

CLAVIJO

Verá usted. Nunca se equivocó en las dosis... Sin perder su carácter apacible y jovial, abandonaba la botica y se iba á la sala de enfermos para decir á cada uno de ellos una palabra caritativa..., ó bien pasaba largos ratos en el jardín cogiendo flores y llevárn-

dolas á la iglesia para adornar con ellas éstos ó los otros altares. Por tales extravagancias la reprendía cariñosamente la madre superiora; pero la pobrecita Simona no se daba por enterada. A estos desvaríos siguieron otros más graves, y fué que una mañana, burlando la vigilancia de los porteros, se lanzó á la calle y al campo, y cuando se logró darle alcance y traerla á casa, entró muy tranquila y risueña, diciendo que la libertad es un don del cielo y que no se puede privar de él á ninguna criatura.

ULIBARRI

Naturalmente; y esa fué la ocasión en que las hermanas decidieron recluirla en una celda de la enfermería.

CLAVIJO

Así fué, y tres ó más años transcurrieron desde que fué recluída hasta que el incendio dió á Sor Simona la libertad que ardientemente deseaba.

ULIBARRI

(Con creciente interés.) Cuénteme ahora qué

pensaba mi sobrina y qué disparates hacía durante los años de reclusión.

CLAVIJO

Pues verá usted. Yo la visitaba con frecuencia, porque me agradaba extraordinariamente su trato y su conversación. Encontraba en ella la misma dulzura de siempre, la misma piedad, la misma pureza de pensamientos é intención. En la locura como en la normalidad de sus facultades, era una santa. En la placidez de su santidad, refulgían como relámpagos algunos despropósitos de la mayor inocencia.

ULIBARRI

A ver, á ver.

CLAVIJO

Figurábase estar viviendo en edad anterior á la que conocemos; y tan atrás volaba su pensamiento, que hablaba de los veaumonteses y de los agramonteses como si aún estuvieran alborotando esta comarca. Y una tarde me contó las travesuras y arrogancias de César Borgia, cual si le hubiera conocido y tratado familiarmente.

ULIBARRI

¡Pobrecilla! Renovaba en su desquiciado cerebro los cuentos con que la entretenía su abuela, mi madre, doña Catalina de Ulibarri, que era la crónica viviente de Navarra... Desdichada Simona. Lo que usted me cuenta es muy interesante; pero no encuentro en ello el móvil, el choque inicial, la crisis de que provienen esos dislates de mi amada sobrina. Me gusta investigar las causas; por eso he puesto toda mi atención en los efectos que usted me ha referido; no encontrando en ellos la causa, debo buscarla en la juventud de Simona, antes de que ésta renegara de la vida mundana ó familiar para refugiarse en la religiosa. (Se paran en el centro del escenario.)

CLAVIJO

En ese terreno, señor Ulibarri, está usted mejor informado que yo. (Se sientan; echa vino en dos copas y beben los dos.)

ULIBARRI

Sí; desde que era Simona una chicuela gentil y vivaracha la tuve á mi lado. No puede

usted imaginarse criatura más simpática y adorable. Ya mujer, sus padres se miraban en ella; la familia le profesaba un amor entrañable. Todos decíamos de Simona lo que usted dice ahora: es una santa, y de una santidad alegre, jovial, dentro de la más exquisita discreción. Por entonces..., cuando Simona pasaba de los diez y ocho, sobrevino la emergencia de un nuevo factor en la vida de mi sobrina.

CLAVIJO

(Vivamente.) El amor. Algo oí de eso; pero también oí que pasó sin dejar rastro.

ULIBARRI

Le contaré á usted. Un joven de La Guardia, de familia tan respetable como la nuestra, se prendó de Simona, y ella le correspondió. Como ambas familias tenían trato continuo, el galán y la damisela se veían y se hablaban sin estorbo en la casa de los padres de él ó de ella. Para no desorientar á usted, le anticipo la afirmación de que las relaciones de Simona con Angel Navarrete fueron las más honestas y puras que imaginar se puede. Seis ó siete meses duraron los

inocentes y delicados amores de aquella pareja feliz. Ya las familias de ambos, los Navarretes y los Ulibarris, se ocupaban en concertar la boda, cuando la suerte dispuso las cosas de otra manera. En un viaje que hizo Angel Navarrete á Vitoria, conoció á una señorita hija de los condes de Salvatierra; y tan locamente se enamoró de ella, que al volver á La Guardia pronto manifestó á mi sobrina, con sus frialdades y desvíos, que de lo dicho no había nada. La pobre Simona, al cerciorarse de su desdicha, recibió en su corazón un golpe que creimos mortal. No lo fué, porque lo soportó con heroica entereza y resignación tan honda y callada, que no la igualarán las víctimas más eminentes del martirologio. Dos meses después, cuando se supo en La Guardia el casamiento del joven Navarrete con la de Salvatierra, vino Simona á mi casa á pasar el día con mis hijas, sus primas. Observé en su rostro una palidez intensa, y en su voz como un esfuerzo convulsivo para esconder ó disimular la tempestad que en su alma rugía. Apretándole las manos, le dije: «Simona, mujer sublime, eres una santa.» Y ella, por no desmentir en aquella ocasión su donosura y jovialidad, me respondió: «No lo diga en broma, querido tío,

porque si se me mete en la cabeza ser santa, lo seré.»

CLAVIJO

Ya, ya se iniciaba en ella el propósito de volver la espalda al mundo y echarse en brazos de Dios.

ULIBARRI

Empezó por lecturas místicas; rehuía el trato de gentes; frecuentaba la iglesia; y..., en fin, no le cuento lo que pasó, porque es público y notorio que al año era Hermana de la Caridad. Lo que sí le digo es que en aquella época de transición, ni una vez siquiera se la oyó mentar á su antiguo novio, Angel Navarrete, ni á la mujer de éste, Pilar Amézaga; ó los arrojó de su alma como cosa muerta, ó los guardaba adentro, muy adentro. Esto es lo que no sabemos, ni lo sabremos nunca.

CLAVIJO

(Con profunda convicción.) Era una santa y ahora también lo es, quizás más.

ULIBARRI

Hemos diagnosticado una existencia divi-

dida en dos partes: yo la primera, usted la segunda.

CLAVIJO

Así es.

ULIBARRI

Y ahora el doctor Ulibarri pregunta á su compañero el doctor Clavijo si ha observado en el caso de la santa enferma algún síntoma, por insignificante que sea, palabra, exclamación, gesto, que relacione el estado físico y moral de Sor Simona con la crisis de amor y despecho que yo examino en la primera parte de esta noble existencia. (Ambos permanecen mudos.)

CLAVIJO

(Después de meditar un rato.) Déjeme pensarlo; déjeme evocar mis recuerdos... ¿Alguna relación...? Pues sí... no, no. Honradamente no puedo decir que observe relación de esto con aquello. Sólo una vez, cuando la Hermana de la Caridad tenía su razón perturbada, habiéndole yo dicho que olvidase sinsabores de otro tiempo, me dijo estas palabras con su habitual donaire: «Sepa el buen Clavijo que el alma mía está limpia de todo rencor. Fir-

me en la enseñanza de Nuestro Señor Jesucristo, amo á mis enemigos y hago bien á los que me aborrecen.»

ULIBARRI

Loquita y todo, santa es. (Óyese ruido lejano de caballería, que rápidamente se aproxima.)

CLAVIJO

Ahora vámonos á Sesma. Si la encontramos allí, como espero, la llevaremos á la comunidad.

ULIBARRI

Aguarde usted. Bueno será que la busquemos; en lo que no estoy conforme es en devolverla á la comunidad. ¿No será mejor y más humano dejarla en libertad, para que corra de pueblo en pueblo cogiendo flores y curando enfermos? (Sienten más cercanos pasos de caballerías.)

CLAVIJO

Es muy peligroso. Podría la infeliz caer en poder de algunos desalmados...

ULIBARRI

Dios la protegerá.

CLAVIJO

¿Y si no la protegiera?

ULIBARRI

Bueno, bueno; usted manda. Vamos á Sesma. (Arrecia fuertemente el ruido de tropas, que suena ya dentro de los patios.)

CLAVIJO

Ya están aquí. La caballería invade la carretera.

ULIBARRI

Saldremos por el portalón de la ribera. (Acércase al foro y llama.) ¡Eh, tú!

ESCENA VII

LOS MISMOS.—BLAS, que entra por el foro presuroso; después TIRÓN.

BLAS

¿Qué manda, siñor?

CLAVIJO

El caballo de Ulibarri y el mío llévalos en seguida por el portalón de la ribera, ¿sabes? Allí montaremos para partir á escape.

BLAS

Bien, siñor. (Vase Blas.)

CLAVIJO

Este Sacris pedirá raciones, y si se las dan se irá hacia...

ULIBARRI

Hablé con él en El Busto y me dijo que tenía órdenes de ir á Olite.

CLAVIJO

Llevará camino distinto del que llevamos nosotros; pero aunque así no fuera, no me inspira cuidado.

ULIBARRI

Es hombre muy corriente y no carece de ilustración. Ya sabrá usted que fué seminarista en Pamplona, y en cuanto recibió las primeras órdenes se metió á guerrillero y...

CLAVIJO

Ya sé. Su nombre es Ochoa.

TIRÓN

(Que entra por el foro.) ¡Ea, señores! Ya tienen los caballos en el portalón.

ULIBARRI

Pues andando.

CLAVIJO

Hasta la vista, Tirón. Ahí te dejamos á Sacris para que te diviertas con él. (**Vanse por el foro rápidamente Clavijo y Ulibarri.**)

TIRÓN

(**Desesperado.**) ¡Buena diversión me ha caído, ridiós! Este demonio de Sacris quié quitarme toa la bebía, y me pienso yo que tamién quié meterme en la posá los heríos que trae; ¡por vida...!

ESCENA VIII

TIRÓN, BLAS

BLAS

Siñor amo.

TIRÓN

(A gritos y muy malhumorado.) ¿Qué?

BLAS

¿Que si llevo los garbanzos arriba?

TIRÓN

(Paseándose agitado.) No.

BLAS

¿Traigo las enjalmas pa ponerlas ahí en el cuartón?

TIRÓN

No.

BLAS

Pues entonces, ¿qué?

TIRÓN

Lárgate de aquí, pelmazo.

BLAS

(Dando la vuelta para irse.) Güeno.

TIRÓN

Ven acá, piazo de alcornoque: ¿no te mandé que bajaras las enjalmas?

BLAS

¡Recontra! Si li pregunté si las traía y me dijo que no.

TIRÓN

Eres más bruto que yo, que es cuanto hay que icir.

BLAS

Ca uno sabe aonde le pica.

TIRÓN

(Cogiéndole del brazo.) Ven acá, zopenco: ¿Ónde está Sacris?

BLAS

En el patio de allá, comiendo.

TIRÓN

¿Empezando á comer?

BLAS

Me paice que acabando. Trai tanta gazuza, que no se ve la comía dende el plato á la boca.

TIRON

¿Y quién está con él?

BLAS

El arcarde.

TIRON

¿Y qué, le da raciones?

BLAS

¡Otra! No lo entendí porque hablaban bajico.

TIRON

¿Y han llegado los carros?

BLAS

Están á la vista.

TIRÓN

¿Traen heríos?

BLAS

Heríos traerán ó muertos, de una trefulca que han tuvido á tres leguas de aquí.

TIRÓN

Vete á ver lo que pasa.

BLAS

Voy. (Desde la puerta retrocede diciendo:) Ya viene aquí el Sacris. (Vase Blas.)

ESCENA IX

TIRÓN, SACRIS, mocetón vigoroso, barbudo; boina blanca, botas de montar, zamarra, sable al cinto é insignias de teniente coronel. Entra encendiendo un puro.

TIRÓN

Oye, tú, Sacris. Ese tarugo del alcarde, ¿te da raciones?

SACRIS

No me da más que lo preciso para llegar á Olite.

TIRÓN

Pues cógelo y vete pronto, que ca minuto que estás en mi posá me cuesta á mí un ojo de la cara.

SACRIS

(Flemático.) Aguántalo, Tirón, aguántalo por Dios, que es el primer lema de nuestra santa bandera; por la patria navarra, que es la patria española, y por el excelso rey Don Carlos VII, cuyo trono hemos de ensanchar tanto, tanto, que empiece en Roncesvalles y acabe en el Peñón de Gibraltar.

TIRÓN

(Con socarronería.) Amén, amén. Hablas tan á lo campanudo como cuando estabas pa cantar misa.

SACRIS

(Que mira á las mesas donde hay servicios de copas.) Y ahora...

TIRÓN

Te veo, besugo; ¿quieres de lo caro, de lo de Cuşcurrita?

SACRIS

(Sentándose junto á una mesa.) *Tu dixisti.*

TIRÓN

(Le sirve una çopa.) Este licor te fortifica el corazón y te afina las entendederas.

SACRIS

Y me fortifica el brazo para exterminar á los malos.

TIRÓN

Y á propósito de enemigos: ¿han llegao tus carros? ¿Traes heríos?

SACRIS

Sí. Al salir de El Busto encontré un destacamento de las tropas liberales que manda el brigadier Bargés. Nos tiroteamos; yo le maté creo que dos ó tres hombres, y él me hizo á mí cuatro heridos, que traigo en mis carros. El alcalde me dijo que estando el hos-

pital hasta los topes, él recogerá dos heridos, y de los otros dos te encargarás tú. Ya lo sabes, Tirón. Vete á recogerlos y acomódalos donde puedas.

TIRÓN

¡Esta sí que es buena! ¡Pa meterlos he preparao el cuartón! (Señalando á la izquierda.) No tengo camas; pero tengo unas enjalmas donde estarán como en la gloria.

SACRIS

Anda, despabila pronto.

TIRÓN

Voy; bien veníos sean á mi posá, en tanto y mientras mi dé el Ayuntamiento, como la otra vez, dos peseticas por ca uno: á la cuenta que Tirón es cristiano viejo, y buenos caldos no lis han de faltar. (Dirígese al foro, y al ver que traen ya á los heridos, dice:) Aquí los traen ya. (Sale al foro y grita:) ¡Eh! Por aquí, al cuartón. (Vase por el foro con los que acompañan á los heridos, que se ven pasar de derecha á izquierda. Cada herido viene traído por dos soldados, en la forma que vulgarmente se llama silla de la reina.)

ESCENA X

SACRIS, solo; después NATIKA, SOR SIMONA. Pausa. Se obscurece la escena. Óyense campanas próximas y lejanas tocando á oraciones.

SACRIS

(Con recogimiento, se pone en pie y se descubre.) La oración. (Reza á media voz. Intenso rumor de rezos en el cuartón y en los patios. Pausa. Aparece por la puerta de la derecha Natika, con su cesta al brazo, y se vuelve hacia dentro.)

NATIKA

Entre, señora. (Entra Sor Simona, tranquila y risueña. Trae en la mano un ramo de flores; avanza lentamente, reconociendo con atenta mirada el lugar donde se encuentra. Al pasar junto á Sacris, le dice Natika con voz imperiosa:) Sacris, arrodíllate... Es la santa. (Tras un instante de estupor, Sacris se arrodilla y se santigua. Continúan las dos mujeres hacia la izquierda. Ya cerca de la puerta, dice Natika:) Aquí están los heríos; entre, señora. (Sor Simona entra delante y Natika detrás.)

Telón lento.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN

Ayuntamiento de Dicastillo, donde está instalado un hospital provisional. La escena representa la modesta estancia donde mora Sor Simona, que asiste á los enfermos de dicho hospital. En el centro una cama humilde. En las paredes estampas de vírgenes y santos. Puertas al fondo y á la izquierda. A la derecha una ventana, y frente á ésta una mesita.

ESCENA PRIMERA

NATIKA, MIGUELA, mendiga riojana, menos vieja que Natika; SAMPEDRO, viejo castellano. Las dos primeras están sentadas en el suelo, zurciendo ropa. El viejo entra y sale varias veces durante la escena.

NATIKA

Dite, Miguela: ¿acabas ó qué?

MIGUELA

¡Otra!, prisa ya me doy, pero no tengo los ojos que tú.

NATIKA

Estos mis ojos, la señora santa me los ilumina para que pueda repasar la ropica de ella pues.

MIGUELA

¿Lávasla tú, Natika?

NATIKA

Con sus manos santas lávala ella misma. ¿Lo dudas, ó qué?

MIGUELA

Verdad será, pues tú lo dices.

NATIKA

Dende que estamos en Dicastillo, antes que amanezca baja al río la señora: enjabona, lava, aclara con ligereza por demás y gracia. Yo voy con ella, y en cuantico viene al hespital, yo tendiendo la ropa me quedo.

MIGUELA

Pa mí que la señora y tú, santicas seis las dos.

NATIKA

Quita ahí; santa ella sola.

MIGUELA

(Dando una pieza ya repasada.) Esto está ya: dame otra. (Entra Sampedro por el fondo, con un delantal azul en la mano.)

NATIKA

¿Qué traes?

SAMPEDRO

La señora me manda con este delantal para que le echéis una pieza y le cosáis las cintas.

NATIKA

Dame.

MIGUELA

Siéntate, Sampedrico, que paice que estás cansao.

SAMPEDRO

Sí que lo estoy. (Se sienta.) Del hospital á la alcaldía, de la alcaldía al hospital, luego á la calle, después al cementerio.

NATIKA

Dite, Sampedro: ¿encontraste flores?

SAMPEDRO

Sí, que las traje: luego bajé á la cocina y calenté la plancha para que planchara su ropa en el hospital.

NATIKA

Y hoy, ¿tiene mucho trabajo la señora en el hespital?

SAMPEDRO

No falta que hacer. Hemos amortajado á un sargento que se murió esta madrugada.

MIGUELA

El Señor le dé lo que más le convenga.

NATIKA

(Después de rezar en silencio.) Y aluego, Sampedro, ¿aónde vas?

SAMPEDRO

Adonde me mande la señora: puede que

quiera ir á las aldeas próximas, y tal vez vaya al cementerio ó á otro lugar donde haya flores.

MIGUELA

Me pienso que la señora no debe andar por estos caminos, porque se expone á ser atropellada por salteadores y vagabundos.

NATIKA

La señora santísima ningún peligro corre pues, porque la custodian tres arcángeles á caballo que á corta distancia síguenla detrás aondequiera que vaiga.

MIGUELA

Otra, ¿arcángeles has dicho?

NATIKA

Sampedro: salte fuera y mira si andan por ahí los tres arcángeles custodios de la santa nuestra.

SAMPEDRO

Voy á ver. (Vase por la izquierda.)

NATIKA

¿Por mentira lo tienes, ó qué?

MIGUELA

Yo he visto por ahí tres señores á caballo. Arcángeles no.

NATIKA

Dígote yo, Miguela, que arcángeles son efectivos, pero toman la vestidura de personas terrenales para que la gente no se alborote y puedan ellos ir por acá ó por allá sin que nadie los estorbe.

MIGUELA

(Con cierta socarronería.) ¡Ah, sí! Ayer los vide yo, y parecióme que uno de esos ha tomado la figura carnal del médico don Mariano Clavijo.

SAMPEDRO

(Entrando.) Ahí están los tres arcángeles; por cierto que uno de ellos tiene la traza pintiparada del mismísimo don Salvador Ulibarri, el gran médico de La Guardia.

NATIKA

Vosotros, ciegos del espíritu, no veis más que las aparencias que ellos mismos se dan por la cuenta que les tiene. (Con acento solemne.) Yo vos digo que son dos arcángeles y un apóstol. El que monta el caballo blanco, es Santiago apóstol.

SAMPEDRO

Yo veo en el del caballo blanco á don Salvador Ulibarri.

NATIKA

Tú ves visiones, buen Sampedro: el del caballo blanco es el apóstol Santiago, y los otros dos arcángeles: San Gabriel y San Miguel. (Levántase, y con gran enojo les dice:) Si tuviérades fe como yo la tengo, veríades la verdad; pero los ojos vuestros telarañas tienen.

ESCENA II

LOS MISMOS.—SACRIS, que entra por la izquierda.

SACRIS

¿Qué hacéis aquí?

NATIKA

Ya lo ves: hemos repasao la ropa de la señora y estamos esperando á que venga para...

SACRIS

Idos al hospital, donde está la señora bastante atareada con los enfermos.

MIGUELA

Vamos, Natika. (Los tres se dirigen á la puerta.)

SACRIS

(Deteniendo al viejo.) Tú, Sampedro, quédate; tengo que hablar contigo. (Vanse las viejas.)

ESCENA III

SACRIS, SAMPEDRO

SAMPEDRO

¿Qué me quieres?

SACRIS

Oye. Sor Simona me inspira un respeto profundo, casi supersticioso... Hay momen-

tos en que llego á creerla criatura sobrenatural.

SAMPEDRO

Lo mismo me pasa á mí. Cuando la miro se me encandilan los ojos; paréceme que veo su cabeza coronada de luces...

SACRIS

Sí, sí..., como las cabezas de los santos. (Bajando la voz.) Pues verás. He hablado con los tres caballeros que andan por aquí custodiándola con sigilo á distancia.

SAMPEDRO

Ya, ya. Esos que Natika llama los dos arcángeles y el apóstol Santiago.

SACRIS

Precisamente, el apóstol Santiago, en la figura corpórea de don Salvador Ulibarri, me ha dicho...

SAMPEDRO

(Secreteando.) También á mí me dijo...

SACRIS

¿Qué...?

SAMPEDRO

Yo no hice caso; dilo tú. A mí me da mucho miedo andar en conversaciones con arcángeles, apóstoles y señoras en olor de santidad..., porque yo me malicio que detrás de estas figuraciones suele andar el demonio...

SACRIS

(Vivamente, tapándole la boca.) Cállate; aquí no hay demonios.

SAMPEDRO

Pues dime tú lo que hablaste con el del caballo blanco, don Salvador Ulibarri.

SACRIS

Los tres me dijeron que preparáramos el ánimo de Sor Simona para que consintiese en dejarse llevar por ellos á Logroño, donde está la comunidad.

SAMPEDRO

Eso mismo me dijo á mí el señor Clavijo;

pero yo no me atrevo... Eso tú, Sacris, que tienes más autoridad y más...

SACRIS

Pues yo, hablando con franqueza, digo y sostengo que no debemos consentir que esos señores se la lleven; la santa es nuestra, es un don del cielo concedido á la causa que defendemos, es...

SAMPEDRO

(Oyendo pasos en el fondo.) Espérate. Alguien viene... Es ella. (Abrese la puerta del foro. Aparece Sor Simona, tranquila, risueña, con el completo atavío de Hermana de la Caridad. Detiénese un instante en el marco de la puerta. La actriz cuidará de dar á la figura toda la idealidad que la caracteriza.)

ESCENA IV

LOS MISMOS.—SOR SIMONA, que avanza despacio hasta la silla; se sienta, saca su labor de media y trabaja. Sacris y Sampedro se inclinan respetuosamente, silenciosos.

SOR SIMONA

No esperaba encontrarte aquí, Sacris; esta mañana, si no estoy trascordada, me dijiste

que hoy, antes de las once, saldrías con tu gente para Tafalla.

SACRIS

Esa orden tenía; pero Gaztelu, que acaba de llegar con el tercero y el quinto de Navarra, me ha traído nueva orden: que me incorpore á él...

SOR SIMONA

Ya siento llegar las tropas de ese Gaztelu.

SACRIS

Entiendo que mañana nos reuniremos con Pérula para marchar hacia Montesquinza.

SOR SIMONA

(Con amargura.) Y adelante con la matanza. Sin daros cuenta de ello, reproducís los delirios guerreros de los veaumonteses y agramonteses, ofendiendo al Dios que lleváis inscrito en vuestra bandera.

SACRIS

Señora: con el respeto debido diré á usted que nos batimos por Dios, y vamos á la pelea entonando himnos religiosos...

SOR SIMONA

Ya los oigo, y oyéndolos veo correr la sangre humana. Navarra es un país armonioso y trágico: el país de la música y el país de las guerras; desde que Dios hizo esta tierra, los hombres cantan como ángeles y se despedazan como demonios.

SACRIS

Señora: yo soy músico, yo estudié para cura y sé latín; yo empuñé la espada para defender el fuero de mi patria y el fuero de mi rey, y espero que si perezco en la batalla Dios me acogerá en su seno.

SOR SIMONA

Al seno de Dios, amigo Sacris, se llega por las buenas obras.

SACRIS

(Confuso.) Pero las buenas obras entiendo yo que...

SAMPEDRO

No disputes, Sacris, porque la señora sabe más que tú y que yo y que todo el mundo;

lo que dice la señora es que no debemos matar á nadie. (Sor Simona sonríe, asintiendo á lo que dice Sampedro.)

SACRIS

No debemos matar, es cierto; pero si un liberal viene á matarme á mí, antes que muera yo, muera él. Y lo mato diciendo: *Exaudi Domine et discerne causam meam de gente non sancta.*

SOR SIMONA

¡Matar, matar!... Vosotros creéis que vivís en un siglo que llamáis XIX, ó no sé qué. Yo digo que vivimos en la Edad Media; grandiosa y terrible edad... Guerra, santidad, poesía... Hijos míos: como criaturas nacidas en la edad trágica y bella, purificad vuestras almas; mantened siempre limpias vuestras conciencias; socorred al pobre; haced bien á todo ser viviente, sin excluir á los que os aborrecen; perdonad toda ofensa; sea vuestra ley el amor, el amor en todo lugar y en toda ocasión..., y quien dice el amor dice la paz.

SACRIS

(Con violencia.) Pero ¿dónde está esa paz? La

señora lo ha dicho antes: desde que Dios hizo á Navarra no ha habido paz en este suelo. Si nos provocan, tenemos que defender la patria.

SAMPEDRO

Eso digo yo: defender la patria.

SOR SIMONA

¿Sabéis vosotros cuál es la verdadera, la única patria? Pues la verdadera y única patria es la humanidad.

SACRIS

Pero la humanidad es tan grande, tan grande, que...

SOR SIMONA

Busca la humanidad en lo pequeño, en lo que está más cerca de ti; en la masa enorme de los humildes, de los desvalidos; en los que no tienen alimentos, ni ropa, ni hogar.

SAMPEDRO

Eso, eso. Toma ejemplo de la señora, que no quiere vivir en las ciudades, que se pasa la vida de aldea en aldea, asistiendo á los en-

fermos. Ahí la tienes afanada en hacer unas medias para la pobre Natika, que anda descalza.

SOR SIMONA

(Riendo.) Sacris, no hagas caso de este pobre Sampedro, que si ve bien las cosas pequeñas, no sabe reunirlas y sumarlas para verlas en grande.

SACRIS

Según eso, yo debo buscar la paz en el amor, en las virtudes mundanas, en el socorro de éstos y aquéllos menesterosos, para llegar al culto de la patria grande, que es la humanidad.

SOR SIMONA

(Riendo.) Amigo Sacris: te he confundido, te he trastornado al querer ilustrarte. De las dos primeras palabras de tu lema, Dios y patria, ya te he dicho mi parecer. Falta decirte lo que pienso del rey. Pues el rey eres tú, el hombre; y quien dice el hombre, dice la mujer, el ser humano, que practicando la ley del amor se hace dueño del mundo. (Sacris, contemplándola alelado, parece no entender lo que oye.) Pobre Sacris. No entiendes, ¿eh? Practi-

ca la ley de amor, la ley de humanidad, y lo entenderás.

SACRIS

(En el colmo de la confusión.) Yo, yo... diré que...

SAMPEDRO

Tonto, admite la idea aunque no la entiendas. (Entran bruscamente Natika y Miguela.)

ESCENA V

LOS MISMOS.—NATIKA, MIGUELA

NATIKA

Señora. (Se arrodilla junto á Sor Simona, y examina la labor de media.)

MIGUELA

Señora: ha llegado el sexto de Navarra con cuatro prisioneros espías.

NATIKA

¡Ay, cómo adelanta!

SOR SIMONA

(Apartando su atención de Natika y atendiendo á Miguela.) ¿Qué dices, Miguela?

MIGUELA

Cuatro espías: tres hombrachos y un estudiantico de Vitoria.

SOR SIMONA

¿Qué?

NATIKA

(Permaneciendo de rodillas junto á Sor Simona.) Tres hombres y un muchacho, ataos codo con codo.

MIGUELA

Un mozalbete guapico, que también es espía.

SOR SIMONA

¿De pocos años?

MIGUELA

De quince años ó más.

NATIKA

Y también diez y ocho. Estudiante de Vitoria dicen que es.

SOR SIMONA

(Dejando la labor.) ¿Estudiante de Vitoria? Dame más señas.

MIGUELA

Viene el pobrecico ensangrentao y hecho una lástima de la paliza que le han dao.

SACRIS

Eso no es nuevo, señora. Anteayer, viniendo hacia acá con Pérula, sorprendimos escondidos en un matorral tres estudiantes de Vitoria: fuimos á ellos; tratamos de cogerlos; pescamos á dos, y el tercero se nos escapó corriendo por los campos como una liebre; le hicimos fuego, pero no cayó. Estos estudiantes de Vitoria son muy traviesos; andan con los liberales, que los utilizan para llevar á los suyos órdenes reservadas. A los dos que cogimos se les encontraron entre las ropas pruebas de su espionaje. Pérula los sometió

á un consejo de guerra, y ayer por la mañana fueron pasados por las armas.

SOR SIMONA

¡Horror! Unas pobres criaturas.

SACRIS

Criaturas, sí; estudiantillos diabólicos que le comprometen á uno. Mozuelos exaltados que arriesgan su pelleja por lo que ellos llaman la causa liberal.

SOR SIMONA

Esa causa y la otra no tienen más que un efecto, que es el morir sin provecho de nadie. (A Natika y Miguela.) ¿Habéis dicho que el sexto de Navarra ha traído aquí tres hombres y un jovencillo maniatados?

MIGUELA

Tres hombrachos vi yo que echaban maldiciones y se tiraban de los pelos.

NATIKA

El jovencico apretaba los puños echándo-

las de valiente, y aunque estaba lleno de golpes y magulladuras, no se quejaba.

SOR SIMONA

¿Y en qué os fundáis para decir que era estudiante?

NATIKA

Estudiante llamábanle, pues, los que le trajeron, y decían que era el más malo de todos.

MIGUELA

Que ya se les había escapao dos veces; pero ahora las pagará todas juntas.

SOR SIMONA

(Poniéndose en pie.) Sacris, ven acá; vas á hacerme un favor.

SACRIS

(Acercándose.) Mande la señora.

SOR SIMONA

Vete allá y dile á Gaztelu de parte mía... Fíjate: este favor te lo pido á ti, y si en algo me estimas espero que lo cumplirás.

SACRIS

Esté tranquila; se cumplirá.

SOR SIMONA

Le dices á Gaztelu que quiero ver á ese estudiante que han cogido; que me le traigan para curarle. No es cuestión de guerra, ni de política, ni nada de eso; es cuestión de caridad, de amor al prójimo. ¿Te has enterado bien?

SACRIS

Sí, señora. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

SOR SIMONA, NATIKA, MIGUELA, SAMPEDRO

SOR SIMONA

(Inquieta y cavilosa, paseando por la escena.) ¡Espías sorprendidos, espias condenados á muerte; y que yo tenga que ver esto y no pueda evitarlo!

NATIKA

¡Ay señora, qué traspaso!

MIGUELA

El jovencico estudiante está hecho una lástima: tiene un brazo medio deshecho, y en una pierna, en semejante parte (señala), debe tener una herida muy grande.

SAMPEDRO

La señora no necesita de mis consejos; pero si me lo permite, yo la aconsejaré.

SOR SIMONA

Sí, habla: aconséjame.

SAMPEDRO

Pues á los tres hombres le será difícil á la señora salvarlos; pero al estudiante sí podrá, por ser un rapaz.

NATIKA

¡Es tan guapín! Muy fina ropa tiene.

MIGUELA

Debe estar criao en ricos pañales.

SAMPEDRO

Y se ha metido en esta guerra, como cosa de chicos, sin saber lo que hace.

SOR SIMONA

Ya he dicho que le traigan, que quiero verle.

SAMPEDRO

La señora se pone á curarlo; pasa el tiempo; el chico se pone peor, hasta que lo perdonan.

NATIKA

Lo que dice Sampedro está bien pensao.

SAMPEDRO

Pues otra se me ocurre, que será mejor.

SOR SIMONA

¿Á ver?

SAMPEDRO

Que se diga que el chico es noble, muy noble, de la familia más noble del reino; y di-

ciendo eso, con la autoridad que tiene la señora, el consejo de guerra lo perdonará.

NATIKA

Así, así.

SOR SIMONA

Eso de la nobleza del chico, yo lo diría si fuese verdad; además, en estas guerras feroces, los timbres de nobleza no salvan á nadie. ¿Tenéis noticia de César Borgia y de cómo le mataron?

SAMPEDRO

César... César... ¿qué?

NATIKA

No sabemos; no sabemos quién es.

SOR SIMONA

César Borgia, duque de Valentinois.

NATIKA

¿Y era noble?

SOR SIMONA

¿Pero no sabéis? (Mira á todos con asombro.) Era hijo del Papa.

NATIKA

¿Y le mataron siendo hijo del Padre Santo?

SOR SIMONA

Ya lo creo; y de una manera infame.

SAMPEDRO

¿Le formaron consejo de guerra?

SOR SIMONA

Nada de eso; le mataron como á un perro, por los odios políticos de ésta tierra trágica. Y esto pasó en Viana.

NATIKA

¿Y la señora lo vió matar?

SOR SIMONA

No, eso no; fué antes... Y aquellos bandidos le habrían matado si hubiera venido á interceder por él su propio padre el Pontífice Alejandro VI. Creedme á mí: á ese joven que está ahí maniatado no lo podremos salvar por su nobleza sino por nuestra piedad. Recemos; pidamos á Dios que nos ilumine. (Rezan los cuatro á media voz.)

ESCENA VII

LOS MISMOS.—SACRIS, que entra por el foro.

SACRIS

(Consternado.) Tengo que decir á la señora que el caso es muy grave. Los tres hombres y el estudiantillo de Vitoria fueron registrados, encontrándoseles pruebas de su delito. El más comprometido es el jovenzuelo. A éste le desnudaron, y cosido en una manga de la chaqueta le encontraron una comunicación del general Moriones dirigida al brigadier Bargés, ordenándole que con toda su fuerza marchase hacia Estella y ocupase las alturas de Montejurra. Como la señora comprenderá, el caso es de los que piden consejo de guerra al canto y pena de muerte.

SOR SIMONA

(Vivamente.) Y el estudiante ¿es noble?

SACRIS

Si no es noble, lo parece, por su rostro, sus ademanes... por su ropa interior...

SOR SIMONA

(Impaciente.) Pero te dije que quería verle. ¿Por qué no le has traído?

SACRIS

(Vacilando.) Señora, yo...

SOR SIMONA

Vuelve y tráele.

SACRIS

(Se asoma á la puerta.) Ahí lo trae Gaztelu.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—EL ESTUDIANTE, preso, que entra por el foro. GAZTELU, SACRIS. El Estudiante es jovenzuelo, de figura distinguida; viene demacrado, mal herido, con graves contusiones. Apenas puede moverse. Por un brazo lo sostiene Sacris; por otro Gaztelu. El papel de estudiante debe hacerlo una actriz vestida de muchacho. Sor Simona, al ver al joven, retrocede como espantada; avanza luego, mirándole fijamente; larga pausa. Todos permanecen suspensos.

SOR SIMONA

El delito de este mancebo no puede considerarse más que como una travesura infantil. Con unos azotes está ya castigado. Y co-

mo se los habéis dado con creces..., ya debéis dar esto por concluído y ponerle en libertad.

GAZTELU

(Gravemente.) El delito de este joven y el de otros lo calificará el consejo de guerra, que se reunirá esta tarde.

SOR SIMONA

¿Esta tarde, aquí?

GAZTELU

Sí, señora.

SOR SIMONA

¿Y hay aquí bastantes jefes para constituir consejo de guerra?

GAZTELU

Si ahora no hay jefes bastantes, pronto los habrá.

SOR SIMONA

Pero tú, Gaztelu, digo Juan de Dios Gaztelu, podrás influir...

GAZTELU

Yo no puedo hacer más que cumplir lo que sentencie el tribunal. El espionaje es delito que en todas las guerras se castiga severamente; y si el consejo condena á estos espías criminales, yo no tendré más remedio que ejecutar la sentencia en las primeras horas de la mañana.

SOR SIMONA

Ya sé que en los ejércitos no hay piedad; no hay más que disciplina.

GAZTELU

Así es, señora.

SOR SIMONA

Está bien. Ahora te suplico que me dejes aquí á este joven por un rato no más. Quiero hacerle la primera cura, para que pueda asistir al consejo de guerra. Quiero, además, interrogarle, para saber qué idea, qué móviles le arrastraron á esta calaverada que le ha puesto en el trance espantoso de perder la vida. ¿Me concedes esto? Déjamele aquí por breves momentos.

GAZTELU

Bien, señora.

SOR SIMONA

Pues haz el favor de retirarte. Retírate tú también, Sacris. (Gaztelu y Sacris se retiran, cerrando la puerta.)

ESCENA IX

SOR SIMONA, EL ESTUDIANTE, NATIKA, SAMPEDRO, MIGUELA. Como el Estudiante no puede sostenerse en pie, acuden á sostenerle por un brazo Natika y por el otro Sampedro. Miguela se retira á la izquierda.

SOR SIMONA

(Clava en el Estudiante los ojos fijamente, como si quisiera retratarle.) ¡Yo te conozco! (Pausa.)

ESTUDIANTE

(Mirándola fijamente.) Yo á usted no.

SOR SIMONA

(Acercándose más.) Te conozco. Tu cara me revela tu estirpe. Eres el vivo retrato de tu padre.

ESTUDIANTE

(Secamente.) Eso dicen.

SOR SIMONA

(Apartándose para observarle de pies á cabeza.) No me ocultes tu nombre. Tú te llamas Angel Navarrete, como tu padre.

ESTUDIANTE

Sí, señora.

SOR SIMONA

Y naciste en La Guardia, el 12 de Febrero de 1857.

ESTUDIANTE

(Queriendo recordar.) Sí, señora.

SOR SIMONA

(Después de hacer un cálculo mental.) Y hoy cumples diez y ocho años, tres meses y un día.

ESTUDIANTE

Y á los diez y ocho años, tres meses y dos días moriré.

SOR SIMONA

(Espantada.) Según eso, tú crees que mañana...

ESTUDIANTE

Sí; mañana seré pasado por las armas. Conozco las leyes de la guerra; las conocía antes de lanzarme á esta atroz aventura.

SOR SIMONA

¿Y no tiemblas?

ESTUDIANTE

No tiemblo. La mayor nobleza, la gloria más grande es morir por un ideal...

MIGUELA

(Aparte.) ¡Vaya una entereza!

SAMPEDRO

(Aparte.) ¡Esto es un hombre!

SOR SIMONA

Eres un niño..., un pobre niño exaltado por lecturas insanas. Tu loca imaginación te

sacó de las aulas de Vitoria, para lanzarte al torbellino político entre liberales ó alfonsinos, en esta tierra trágica y musical. Porque músicas son las arengas patrióticas y los discursos armoniosos que te han trastornado el seso. Vuelve en ti, Angel Navarrete, hijo amado. Piensa en tu infeliz padre... Reconoce tu desvarío, y yo te salvaré... yo... yo... (Corriendo hacia él.) He olvidado que te traje aquí para curar tus horribles contusiones. (Al tocarle el brazo, el joven lanza un ¡ay! de dolor.)

NATIKA

¡Pobrecico!

SOR SIMONA

Natika, descubrirle el brazo. (Sampedro y Natika intentan quitarle la chaqueta. El joven sigue lanzando agudísimos gritos de dolor.)

ESTUDIANTE

¡Ay, ay!

SOR SIMONA

(Vivamente.) Esperad. (Corre hacia la puerta, y grita:) Gaztelu, Sacris: venid, venid.

ESCENA X

LOS MISMOS.—GAZTELU, SACRIS

SAMPEDRO

(Advirtiendo que el joven estudiante, de la fuerza de sus dolores, parece perder el conocimiento.) Señora, este joven está desfallecido.

SOR SIMONA

(Vivamente.) No le quitéis la ropa; acostarle en mi cama. (Natika y Sampedro obedecen.)

GAZTELU

(Entrando con Sacris.) Aquí estamos, señora.

SOR SIMONA

Este desgraciado joven se halla en estado lastimoso. Necesito largo tiempo para curarlo.

GAZTELU

Lo llevaremos al hospital.

SOR SIMONA

¿Qué nueva crueldad es esa? ¿Por qué, es-

tando yo aquí, ha de ir este joven al hospital?

GAZTELU

Porque así lo manda la ordenanza.

SACRIS

La ordenanza, señora. Severa ley; pero ley.

SOR SIMONA

(Deteniendo á Gaztelu, que se acerca al lecho como para coger el cuerpo inanimado del joven.) Sobre todas esas leyes está la piedad. Se puede ser buen militar y buen cristiano. Yo te suplico, Juan de Dios, y á ti, Sacris, también, que no le llevéis al hospital, que le dejéis aquí.

SACRIS

Señora..., por mí lo haría; pero...

GAZTELU

Señora, yo quisiera; pero...

SOR SIMONA

Si no compadecéis á este infeliz, compadecedme á mí. Oye, Gaztelu: tú me has dicho que estás muy agradecido de esta pobre

mujer porque ha salvado la vida á muchos de vosotros.

GAZTELU

Sí, señora; usted ha curado á los enfermos con gran solicitud, por lo que estamos muy agradecidos. Es usted una santa.

SOR SIMONA

No soy santa, sino pecadora. Como pecadora ó como santa, os suplico que me le dejéis aquí.

GAZTELU

En el hospital puede ser curado.

SOR SIMONA

(Alzando la voz.) ¡No, no y no! ¿Sabéis por qué quiero tenerle á mi lado? (Pausa.) Este desgraciado joven, martirizado por vuestra barbarie, ¡es mi hijo! (Pausa; estupor general.) ¡Fuera de aquí!

GAZTELU

(A Sacris.) Quédate tú para recogerle luego. (Se aleja murmurando.) Su hijo, su hijo...

SAMPEDRO, NATIKA y MIGUELA

(Murmurando en voz baja.) Su hijo, su hijo.

SACRIS

(Aparte á Sampedro.) Esta señora era para mí la perfección humana; ya no lo es. Ahora resulta que es madre.

SAMPEDRO

Y como madre, debemos favorecerla.

SACRIS

(A Sampedro.) Coge un caballo, corre en busca de los arcángeles y cuéntales lo que pasa.

MIGUELA

Yo sé donde están.

SACRIS

Pues ve tú también. (Se van presurosos por la izquierda. Sacris, volviendo donde está Sor Simona y con voz temblorosa.) Señora: perdone si me atrevo á pedir que confirme su declaración de que ese desgraciado joven es, es...

SOR SIMONA

(Con brioso acento y firme convicción, poniendo la mano sobre la frente del joven.) Lo confirmo y lo repetiré cien veces, para que lo digas á todo el mundo. ¡Es mi hijo!... ¡Es mi hijo! (Le besa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Decoración del acto segundo. Altas horas de la noche. En la cama yace abrigado con una manta el joven Angel Navarrete. Junto á la cama una mesita, con tazas y frascos de medicinas. Próxima á la cama Sor Simona, sentada haciendo media. A la derecha, junto á la ventana, una lámpara mustia con pantalla. El profundo silencio que reina en la escena, sólo es turbado por lejanos alertas de los centinelas. Sentada en el suelo y arrimada á un arcón, duerme Natika.

ESCENA PRIMERA

SOR SIMONA, NATIKA, ANGEL

ANGEL

(Delirando con palabra torpe sílabas inconexas.) Bár... baros..., dé... jenme..., no más...

SOR SIMONA

(Levántase, soltando la media; levántase también Natika, y ambas acuden al enfermo por uno y otro

lado del lecho.) Natika, ayúdame. (Cogiéndole por los hombros, le incorporan suavemente.) Hijo mío, ya estás mejor; voy á darte otro poquito de agua. (En una cucharada de agua, vierte unas gotas de éter.)

ANGEL

Hijo tuyo, sí.

SOR SIMONA

Toma, toma agüita buena. (Angel bebe y deja caer su cabeza en la almohada, cerrando los ojos.)

NATIKA

Ya duerme. (Le arropa con la manta.)

SOR SIMONA

Angel, mi Angel, duerme.

NATIKA

Ya está más tranquilo. (Pasa al otro lado, y las dos le contemplan en silencio.)

SOR SIMONA

(Volviendo á su silla.) Está mejor; pero todavía delira.

NATIKA

(En voz muy baja.) ¡Ay qué noche! Cuando la señora le hizo la cura en el brazo, el pobrecico daba unos gritos, que ya ya. Luego se soltó á delirar. Disparates grandes dijo, y quería echarse de la cama también.

SOR SIMONA

El delirio fuerte ya pasó. Con las medicinas se ha sosegado, y... cuando despierte le daremos un poco de leche. ¿La has traído?

NATIKA

Sí, señora.

SOR SIMONA

¡Horrible! ¡Tormentosa noche que no se acaba! ¿Sabes tú qué hora será?

NATIKA

Gallos oí cantar una vez..., luego otra vez. Pronto el alba vendrá.

SOR SIMONA

¡Ay! No sé si desear el alba ó temerla.

NATIKA

Dios trae la noche: el día trae también, sí; y con el día, Dios y la Virgen traerán la paz.

SOR SIMONA

La paz, la paz... Duerme, Natika.

NATIKA

Y la señora, ¿no duerme un poquito?

SOR SIMONA

Yo no duermo, yo espero... Descansa tú, pobre Natika, y cobrarás fuerzas para lo que venga mañana.

NATIKA

Si la señora espera velando, yo también, sí. (Pausa. Las dos rezan en silencio.)

ANGEL

(Con voz entera.) ¡Madre!

SOR SIMONA

(Levantándose súbitamente, corre hacia el lecho.) ¿Qué, hijo mio?

ANGEL

(Con ligera inflexión de alegría.) Ya estoy bueno.

SOR SIMONA

Estás mejor, sí; pero todavía... (Le pone la mano en la frente.) Duerme, amor mío.

ANGEL

Dormir no. Quiero hablar.

SOR SIMONA

(Muy cariñosa.) Juicio, juicio. Cuando amanezca hablaremos. Yo te contaré muchas cositas.

ANGEL

(Tratando de incorporarse.) Cuéntamelas ahora. ¿Por qué está este cuarto tan obscuro?

SOR SIMONA

Porque es de noche.

ANGEL

¡Madre!

SOR SIMONA

Aquí estoy, ¿no me ves?

ANGEL

¿Pero de veras eres tú mi madre?

SOR SIMONA

¿Lo dudas? (Acercándose más, le besa en la frente.)

ANGEL

¡Ah, sí! Por el beso te reconozco...; por el aliento, que me trae olor de rosas y claveles; pero... (Alargando su mano, le toca la cabeza.) Anoche, ayer, no tenías esa toca.

SOR SIMONA

(Sin saber qué decir.) No... si... me pongo esto para curarte.

ANGEL

(Incorporándose más, mira en derredor suyo.) ¿Dónde estoy?

SOR SIMONA

Estás conmigo, con tu madre.

ANGEL

(Con alegría y asombro.) ¡Ah! Ya me acuerdo. Recuerdo lo que me ha pasado, la terrible escena...: me fusilaron... (Con risa nerviosa.) Ja... ja. No me tocó ninguna bala; yo me tiré al suelo haciéndome el muerto... ja... ja.

SOR SIMONA

Te hiciste el muertecito: ya, ya.

ANGEL

Los soldados se fueron...; oía yo sus pasos... prun... prun... prun... Entonces...

SOR SIMONA

Yo te recogí.

ANGEL

Me recogiste... Sentí la impresión de tus manos, que olían á rosas y claveles. En aquel momento llegó mi padre, y te dijo: «Pilar, ahí tienes á tu hijo: llévatelo al oratorio del castillo.» Llegaron unas Hermanitas de la Caridad: entre ellas tú, y me llevaron en volandas... Pero tú no tenías toca: ahora sí.

SOR SIMONA

Ya te dije que me la puse para curarte.

ANGEL

(Convencido.) ¡Ah, ya! ¿Y todavía estamos en el oratorio del castillo?

SOR SIMONA

Sí, todavía; pero estate quietecito, hijo mío. ¿Quieres tomar alimento?

ANGEL

Sí, sí.

SOR SIMONA

(Hace una seña á Natika, que se acerca con una taza de leche.) Toma esta lechita.

ANGEL

(Después de beber con ansia.) Y esta mujer, ¿quién es?

SOR SIMONA

Es una criada del castillo. Ahora, hijo, á dormir otra vez. (Arropándole.)

ANGEL

(Cerrando los ojos.) No sé si podré. (Se despabila y se incorpora.) Madre, ven aquí.

SOR SIMONA

Si no me muevo de tu lado.

ANGEL

(Vivamente.) Y mi padre, ¿dónde está? ¿Por qué no viene á verme?

SOR SIMONA

(Sin saber qué decir.) Estará en sus ocupaciones; ya vendrá.

ANGEL

(Muy inquieto.) Es que... mi padre está incomodado conmigo. ¡Ay, me va á reñir!... (Afligido, casi llorando.) Me reñirá mucho, mucho, por el disparate que hice lanzándome á los campos de batalla.

SOR SIMONA

(Bondadosa.) Travesuras de chicos.

ANGEL

Me escapé del Instituto de Vitoria con otros amigos... Creíamos que nuestro entusiasmo y nuestro ardimiento hacían mucha falta en el cuartel general alfonsino.

SOR SIMONA

(Risueña.) Vuestras cabecitas estaban trastornadas por los discursos políticos, por las arengas militares... del bando de allá... Queríais asombrar al mundo con vuestras proezas...

ANGEL

Eso, eso... Nos presentamos al general Moriones, y yo le eché un discurso patriótico que... ¡ay madre!, siento que no lo hubieras oído.

SOR SIMONA

Es lo mismo: tras de aquel discurso echaste otro, y sin darte cuenta del peligro, te comprometiste seriamente... (Echándole un brazo al cuello.)

ANGEL

¡Ay madre!, ¡madre querida! Mi padre está

furioso conmigo; cuando llegue y me riña defiéndeme tú.

SOR SIMONA

Sí, sí; no dudes que te defenderé.

ANGEL

Échale un discurso, pero bueno, y luego otro discurso...

SOR SIMONA

Muchos discursos: ya lo verás. Si me pongo á ello hablo mejor que Castelar... y mejor que todos los predicadores.

ANGEL

Le dirás, como dijo el girondino, «que es hermoso y dulce morir por la patria».

SOR SIMONA

Todo eso y muchas cosas más diré; pero sosiégate, mi Angel, que estás muy excitado, y debes tener calma...

ANGEL

Lo que tú debes hacer, madre, es quitarte

esa toca, porque con esa toca mi padre, cuando venga á reñirme, no te conocerá; creerá que no eres mi madre Pilar, sino la madre de otro Angel, y que tienes un marido que no es mi padre.

SOR SIMONA

No pienses eso, hijo.

ANGEL

(Mirándola atentamente, fijos sus ojos en el rostro de Sor Simona.) Mi madre Pilar de Amézaga es muy hermosa: tú también lo eres, pero con muy distinta hermosura.. ; no sé, no sé cómo decirlo. (Pausa. Angel continúa hablando algo que no se entiende; Sor Simona se yergue, y suspirando eleva sus ojos al cielo en oración muda.)

NATIKA

(Acércase á Sor Simona, y casi al oído le dice:) El pobrecico está delirando pues.

SOR SIMONA

¡Pobre Angel! (Mirando al cielo.) Para salvarte de estos bárbaros necesitas una madre; Dios ha querido que esa madre sea yo. (Apartadas las dos del lecho, contemplan al joven silenciosas.)

ANGEL

(Que cerrados los ojos, continúa hablando desordenadamente.) Tú... no eres mi madre... Tú eres... buena..., eres santa...; pero... mi madre Pilar... no eres tú. Mi padre no te conoce...; mi padre me riñe mucho... y tú no me defiendes...; si fueras mi madre... de verdad me defenderías.

ESCENA II

LOS MISMOS.—MIGUELA, SAMPEDRO. Primero entra por la izquierda Sampedro cautelosamente, con miedo de tropezar en los muebles; detrás entra Miguela en la misma forma, no queriendo hacer ruido.

MIGUELA

Chist... chist... tú, espera.

SAMPEDRO

Yo se lo diré. ¿Dónde está la señora?

MIGUELA

Allí está á los pies de la cama con Natika.

SAMPEDRO

¿Y el chico?

MIGUELA

Dormido; está delirando.

ANGEL

Mi padre..., mi padre... me riñe..., me castiga...

SOR SIMONA

(Alarmada.) Natika, siento ruido; alguien ha entrado.

NATIKA

Voy á ver. (Dirígese á la izquierda.)

SOR SIMONA

(Mirando con ansiedad por la ventana de la derecha.) El alba ya clarea. ¡Virgen Santísima, apiádate de esa pobre criatura! ¡Apiádate también de esta madre angustiada! ¡Madre, no! (Corrigiéndose vivamente.) ¡Madre, sí, sí! Lo he dicho y lo sostengo ante todas las potencias de la tierra y del cielo.

NATIKA

(Que ha cuchicheado con Miguela y Sampedro, viene corriendo hacia Sor Simona.) Señora...

SOR SIMONA

¿Qué?

NATIKA

Buenas noticias. (Temblando de emoción.) Que... hoy... no fusilan.

SOR SIMONA

Pero mañana...

NATIKA

Mañana sí.

SOR SIMONA

Un día de vida, vida es. ¿Por quién lo sabes?

NATIKA

Por Sampedro; se lo ha dicho el ayudante de Gaztelu. Hoy consejo de guerra es.

SOR SIMONA

¡Dios mío, gracias por este día más que me concedes! ¡Ilumíname, Señor! ¡Dame la ciencia del mundo que necesito para salir airosa en la empresa temeraria de salvar la vida de

este hijo... de Dios! (Se acerca al lecho, observando el rostro del joven, y le arropa cuidadosamente.)

SAMPEDRO

(En el grupo de la izquierda.) Oye, Natika: otra cosa debes decir á la señora; yo no me atrevo.

NATIKA

¿Qué cosa?

MIGUELA

Que dende que la señora dijo que este mozalbete es su hijo, ya no hay nadie aquí que la tenga por santa.

SAMPEDRO

Y con tanta furia y tanto aquel lo dijo, que todos lo creyeron.

MIGUELA

Soldados y paisanos dicen ahora: buena mujer será, buena Hermanita de la Caridad también; pero santa no.

NATIKA

¿Sois bobos ó qué? ¿No oisteis lo que la se-

ñora nos contó de uno que mataron en Viana que le llamaban don César?

SAMPEDRO

Sí; ya sé que era hijo del Papa...

MIGUELA

Hijo del propio Papa.

NATIKA

Pues si el Papa, que es santo, puede tener un hijo, una santa puede tenerlo también si....

SAMPEDRO

Según y cómo.

NATIKA

Cállate el boca tú.

MIGUELA

La señora sabe más que todos los inorantes que semos tú y yo.

SOR SIMONA

(Junto al lecho.) Natika, ¿qué estás charloteando ahí?

NATIKA

Voy, señora. (A Miguela y Sampedro.) Dirvos ahora, y si algo ocurre venir á contar. (Vanse Miguela y Sampedro.)

SOR SIMONA

Natika, apaga la lüz: ya tenemos día. Bien vengas día, si contigo me manda Dios la misericordia que te pido. Tus primeras luces inundan mi alma de una dulce esperanza. (Se sienta junto á la ventana y saca el rosario. Suenan cornetas.) Natika, ¿viene tropa?

NATIKA

Es la diana.

SOR SIMONA

¡La diana!... ¡La diana!... ¡Dulce música navarra! ¡Tus acentos penetran como voces del cielo en esta alma desolada. (Se santigua; arropa bien á Angel; se arrodilla, y mientras reza cae el telón lento. Continúa lejano y sonoro el toque de cornetas.)

CUADRO SEGUNDO

Sala en el Ayuntamiento de Dicastillo: puerta central y laterales; en las paredes el retrato del pretendiente Carlos VII, y cuadros antiguos ennegrecidos por el tiempo. En el fondo, á la izquierda, sillones y mesa para el consejo. A la derecha, otra mesa y varias sillas.

ESCENA PRIMERA

MIGUELA, arreglando las sillas. Entran por la derecha SAMPEDRO y NATIKA, que trae un hermoso ramo de flores.

NATIKA

¿Dónde está la señora?

MIGUELA

En la capilla.

NATIKA

¡Ah! Es que ha oído dos misas.

MIGUELA

Pronto vendrá, porque ya está acabando

la segunda. ¡Ay, qué ramo de flores tan precioso! Ese ramo será para la señora.

NATIKA

Me lo ha dado en el pórtico de la iglesia el apóstol Santiago.

SAMPEDRO

Hablando en plata, quien te lo ha dado es don Salvador Ulibarri.

NATIKA

Cállate el boca. Yo digo que el apóstol Santiago; y no venía solo: venía con el arcángel San Miguel.

SAMPEDRO

Sí; no está mal arcángel, sí, don Mariano Clavijo; y nos dijeron que el otro arcángel, Mendavia, salió esta mañana para Los Arcos á conferenciar con Dorregaray; cuando vuelva y se reunan los tres, veremos lo que pasa aquí... ¿Y sabes tú, Miguela, si hoy se reune el consejo de guerra?

NATIKA

Dijéronnos que en esta sala se reune pues.

SAMPEDRO

Y lo forman los coroneles Gaztelu, Arretagoitia y Zubiri.

MIGUELA

(Mirando por la puerta del fondo.) Aquí viene Sor Simona. (Entra Sor Simona.)

ESCENA II

SOR SIMONA, NATIKA

NATIKA

(Presentando el ramo.) Mire, señora: mire lo que le traigo.

SOR SIMONA

(Asombrada y gozosa.) ¡Jesús mío! ¿Pero quién te ha dado estas flores tan preciosas?

NATIKA

En el pórtico de la iglesia me las dió el apóstol Santiago, que estaba con un arcángel.

SOR SIMONA

Inocente Natika, ¿qué dices? ¿Y estas flores te las dieron para mí?

NATIKA

¿Para quién habían de dármelas pues?

SOR SIMONA

De buen augurio son estas flores que me manda mi Dios. (Deshace el ramo, y una gran parte de él lo coloca en un búcaro que está sobre la mesa; las demás flores las deja sobre la mesa.) Ahora, Natika, vete con Miguela y Sampedro á mi habitación, donde dejé á mi Angel acostadito. Ayudadle á levantarse; ponerle la ropa con cuidadito para no hacerle daño.

NATIKA

Ahí está Sacris. (Vanse Natika, Miguela y Sampedro.)

SOR SIMONA

Adelante, Sacris. (Entra Sacris por la izquierda.)

ESCENA III

SOR SIMONA, SACRIS

SOR SIMONA

(Poniendo uno de los ramos que ha hecho en un búcaro que está sobre la mesa.) Hola, Sacris: te esperaba; siéntate.

SACRIS

Vengo á recibir órdenes de la señora.

SOR SIMONA

Ya sé que hoy se reune el consejo de guerra.

SACRIS

Así es, y á mí me han nombrado defensor de ese joven que la señora ha llamado su hijo.

SOR SIMONA

Me alegro mucho, y no hay que decir que tú le defenderás muy bien.

SACRIS

Yo le defenderé, no por él, sino por interés exclusivo de la señora, que se ha declarado madre del delincuente.

SOR SIMONA

Está muy bien. Yo te lo agradezco.

SACRIS

En conciencia, debo manifestar que la madre me interesa más que el hijo. Me interesa por sus virtudes, por su abnegación, y me interesa también por... ¿me atreveré á decirlo?

SOR SIMONA

Acaba, hombre, acaba.

SACRIS

Por su belleza, que añade un nuevo encanto á los que atesora por su innegable piedad y amor al prójimo.

SOR SIMONA

(Con delicada ironía.) Bien, Sacris. Te agradez-

co que encuentres un rasgo de belleza en esta mujer obscura y vulgar. Bien: vamos al asunto. ¿Conque estás dispuesto á defender y salvar á ese infeliz?

SACRIS

(Presumiendo.) Sí, señora. Habla usted con un hombre que sabe cumplir sus deberes de caballero.

SOR SIMONA

Sí, por caballero te tengo... Eres joven, valiente, gallardo...

SACRIS

(Inclinándose con falsa modestia.) La señora me favorece mucho. Caballero soy que sabe corresponder á una dama ilustre, si ésta se digna darme los antecedentes que necesito para la defensa de ese desgraciado joven.

SOR SIMONA

(Queriendo abreviar.) Bueno, bueno; pues diga el caballero á la dama qué antecedentes son esos que desea conocer para la defensa del reo.

SACRIS

Es muy sencillo. Yo no defenderé al joven por el joven, sino por su madre, ante cuya virtud y atractivos personales me rindo incondicionalmente. Deme la señora algunas noticias de la existencia de ese joven, de la época de su nacimiento, y...

SOR SIMONA

Sí; ya entiendo lo que me pide el caballero y el amigo... Lógicamente pensando, tú crees que no puede existir un hijo sin madre, y, naturalmente, tampoco puede existir sin padre.

SACRIS

Eso es; si la señora y dama me saca de esta ignorancia, yo salvaré al chico..., y además propondré á la señora...

SOR SIMONA

Acaba, hombre, acaba.

SACRIS

Temo que la dama se ofenda con lo que voy á proponerle.

SOR SIMONA

No me ofendo; di lo que quieras.

SACRIS

(Algo turbado.) Yo salvaré al chico; además, uno de estos días me ascienden á coronel.

SOR SIMONA

¿Y qué tiene que ver tu ascenso á coronel con la salvación de mi hijo?

SACRIS

Tiene que ver... Que ascendido á coronel, me dan una brigada en el ejército de nuestro rey.

SOR SIMONA

Bueno; pues te felicito por tu ascenso. ¿Y qué más?

SACRIS

Que una vez que yo me haya hecho cargo de la brigada..., me atrevo á proponer á la santa señora, es decir, á la dama ilustre, con muchísimo respeto, que se agregue á mi tropa como jefa de sanidad, y haremos juntos

toda la campaña. Seguro estoy de que llevando á mi lado á tan insigne y bella compañera, se duplicará mi ardimiento y llegaré á los extremos del heroísmo, por mi Dios, mi patria y mi rey.

SOR SIMONA

(Irónica.) ¡Oh, agregarme yo á tu ejército; qué bonito! Y tú elevándote por mi compañía á las cumbres más altas de la gloria militar. ¡Qué lindo! ¡Qué precioso! Yo me iría contigo muy gustosa, porque eres un caballero noble, apuesto... (Sacris, oyendo esto, se pavonea.) Y volviendo á los antecedentes que para salvar á mi hijo me has pedido, yo daré al consejo de guerra razones de tal peso, que éste no tendrá más remedio que hacer justicia.

SACRIS

Y esas razones, ¿por qué no me las da usted á mí?

SOR SIMONA

Porque esta dama, que es algo caprichosa y antojadiza, no hará sus manifestaciones más que ante los señores del consejo; y si éstos

absuelven á mi hijo, no tendré inconveniente en incorporarme á tu ejército... espiritualmente, santamente.

SACRIS

(Repitiendo con cierto embeleso místico las dos últimas palabras de Sor Simona.) Espiritualmente, santamente... *Exultate Domino quum tremore.*

SOR SIMONA

¿Qué latines estás mascullando ahí?

SACRIS

Digo, señora, que tembloroso me regocijo en el Señor. (Levantándose.) Con permiso de la señora, creo que es hora de reunirse el consejo.

ESCENA IV

LOS MISMOS.—NATIKA; poco después ANGEL, SAMPEDRO, MIGUELA, GAZTELU, ARRETAGOITIA, ZUBIRI

NATIKA

(Entrando presurosa por la izquierda.) Señora, ya está levantado. Aquí viene. Está muy contento, y no hace más que preguntar por

su madre. (Entra Angel cogido del brazo por Sampedro y andando con dificultad.)

SOR SIMONA

(Llamando á Angel.) Ven acá, hijo mío; siéntate á mi lado. (Se sienta á la izquierda de Sor Simona. Abrese la puerta del fondo, y entran Gaztelu, Arretagoitia y Zubiri. Detrás muchedumbre de oficiales y soldados curiosos.)

SACRIS

Aquí están los del consejo.

GAZTELU

Por evitar molestias á la señora, el consejo ha tomado el acuerdo de reunirse y deliberar en esta sala.

SOR SIMONA

Está bien: muchas gracias. (Se sientan en fila los del consejo detrás de la mesa.)

GAZTELU

Abreviemos; el delito de este joven á quien la señora ha llamado su hijo es de los que la ordenanza castiga severamente, y podemos

dictar sentencia y mandar que se ejecute sin más trámites ni diligencias. Pero como la señora se interesó por este joven invocando la maternidad, queremos saber si la señora se ratifica en lo que afirmó; pues de ello podría resultar la complicidad de otras personas, en cuyo caso á esas personas extenderíamos la dura sentencia.

SOR SIMONA

(Muy serena y con firme convicción.) Perfectamente. Pues sí, señores del consejo: no sólo hay complicidad de otra persona, sino que sobre esta otra persona debe recaer toda la culpa del delito que atribuís á este joven, cuya inocencia yo proclamo aquí con toda la energía de mi alma.

GAZTELU

¿Inocente dice?

SOR SIMONA

(Altanera, poniéndose en pie.) Sí, inocente; la orden reservada que encontrasteis en la ropa de ese joven, me la dió á mí Moriones para que la mandase con persona de mi confianza. Elegí á este joven, encargándole que por

amor á mí la llevase á su destino. El no sabía lo que llevaba; toda la culpa es mía. Yo me interesaba por la causa alfonsina: soy vuestra enemiga implacable, aunque he sabido disimularlo en mi vagancia por estos pueblos. Confieso mi delito y me enorgullezco de él. Si queréis hacer justicia, poned en libertad inmediatamente á este joven y fusiladme á mí. (Rumores en el consejo.)

ANGEL

(Protestando.) No, no.

ARRETAGOITIA

Es muy raro esto. Que demuestre lo que ha dicho.

ZUBIRI

Se declara confidente de Moriones.

ARRETAGOITIA

Nuestra encarnizada enemiga.

SACRIS

(Fuera de sí.) No la creáis. Poseída está del delirio de misericordia, que es un delirio sublime, pero delirio al fin.

SOR SIMONA

(Con acento firme) He dicho la verdad. Llevadme al suplicio, pues no sólo no temo la muerte, sino que la deseo; anhelo desprenderme de esta vida corporal que es para mí un atroz martirio. Matadme, matadme pronto, verdugos de Navarra. Abridme el camino de la libertad, de la gloriosa eternidad en el seno de mi padre Dios.

ANGEL

(Levantándose.) No la matéis, no cometáis ese horrendo crimen; yo soy culpable: ella inocente como los ángeles. **(Murmullo general entre los del consejo y en los hombres que asisten como curiosos al imponente acto.)**

SOR SIMONA

No hagáis caso de esta criatura, que no sabe lo que dice. Matadme á mí, y si no acudiré á Dorregaray, que sabe mejor que vosotros cumplir con la ley.

NATIKA

¡Ay, que no maten á mi señora!

GAZTELU

Fieles a la ordenanza y á los lemas de nuestra bandera, debemos sacrificar sin más discusión á la que se ha declarado alfonsina rabiosa.

SOR SIMONA

(Con gran energía.) Eso es justicia. (Coge un manojo de rosas de las que están sobre la mesa, y se las coloca en el pecho.) ¡Ea, llevadme pronto, y que vuestros soldados apunten á este corazón que tanto amó en este mundo! (Abraza á Angel, besándole en la frente.) ¡Hijo mío, ya estás salvo! (Arrecia el murmullo en el consejo y los circunstantes.)

UNA VOZ

¡Matadla!

SACRIS

(Furioso.) ¡No! ¡Al hijo!... ¡A la madre no!

OTRA VOZ

¡Al hijo no! ¡A la madre! (Repítense estas exclamaciones.)

ZUBIRI

¡A los dos!

GAZTELU

(En pie.) ¡Silencio! (Prodúcese espantoso tumulto. Todos gritan pidiendo muerte para la madre, para el hijo ó para los dos. Entran precipitadamente por la derecha Ulibarri, Clavijo y Mendavia.)

ESCENA ÚLTIMA

LOS MISMOS.—ULIBARRI, CLAVIJO, MENDAVIA, y tras ellos soldados y pueblo.

GAZTELU

¿Quién entra?

ULIBARRI

Gente de paz.

CLAVIJO

(Adelantándose.) Traemos una misión del general alfonsino Moriones.

MENDAVIA

Y otra misión del general carlista Dorregaray.

GAZTELU

¿Qué significa esto?

ULIBARRI

Significa que los generales en jefe de uno y otro ejército han acordado anoche un canje de prisioneros.

GAZTELU

Vengan las órdenes.

ULIBARRI

Se canjean cuatro prisioneros carlistas por cuatro alfonsinos.

GAZTELU

(A sus compañeros de consejo.) Los cuatro que aquí tenemos.

ULIBARRI

(Adelantándose.) Angel; chiquillo, ya estás libre.

ANGEL

(Abrazando á Ulibarri.) Ya me había salvado

esta milagrosa madre, ofreciendo su vida por la mía.

ULIBARRI

(A Sor Simona.) ¿Y tú, Simona, no me conoces?

SOR SIMONA

(Bajando al proscenio y mirando fijamente.) ¡Ay! ¡Lo pasado vuelve! Salvador, el hermano de mi padre.

ULIBARRI

(Abrazándola con cariño.) Tus padres ya no existen...

SOR SIMONA

Sí; mis padres murieron á los tres años de abrazar yo la vida religiosa.

ULIBARRI

En tu vida religiosa, has sido un modelo de virtud y santidad; todos conocen tu mérito relevante, tu inmensa piedad.

SOR SIMONA

¡Ah, sí! Piedad sí tengo.

ULIBARRI

En esta ocasión lo has demostrado, diciéndote madre del chico de Navarrete para salvarle la vida.

SOR SIMONA

Al verle maltratado por estos bárbaros, sentí un sacudimiento en todo mi ser, una explosión de piedad y amor, reconociendo al propio tiempo en el rostro de este joven las facciones de Angel Navarrete.

ULIBARRI

Sí; es el vivo retrato de su padre.

SOR SIMONA

De mí dijeron que había perdido la razón; y al ver á este joven, no sé si la perdí más ó la recobré. Ello fué que deseando salvarle, por inspiración divina grité: ¡es mi hijo!... Y lo era y lo es mi hijo... espiritual.

SACRIS

(Cogiendo del brazo á Angel y llevándole hacia la izquierda.) Venga usted aquí, joven; volverá usted á su casa de La Guardia, y cuidado con

las travesuras. Su señora madre quedará también libre, y en calidad de enfermera se incorporará á la brigada que he de mandar yo.

ANGEL

Déjeme usted ahora; la que usted llama mi madre sabrá lo que tiene que hacer. (**Vuelve hacia Sor Simona y Ulibarri, que le acogen cariñosamente.**)

GAZTELU

(**Rodeado de los del consejo.**) Señores: esto ha terminado. Se hará el canje que ordenan Dorregaray y Moriones. Sacris, encárgate tú de dar libertad al joven Navarrete y á su señora madre.

SACRIS

(**Desconcertado.**) Al hijo sí; á la madre no, porque esta señora seguirá junto á mí: me pertenece.

GAZTELU

(**Asombrado.**) ¡Pero si es alfonsina furiosa!

SACRIS

Sea lo que quiera, mía es; y antes aban-

donaré la causa que perder esta dulce conquista. (Los del consejo le rodean alborotados.)

GAZTELU

Pero Sacris, ¿qué es eso?

ZUBIRI

¿Estás loco?

SACRIS

Tal vez.

ARRETAGOITIA

(Burlándose.) ¿Estás enamorado?

SACRIS

Esté como estuviere, reclamo á esta mujer.

GAZTELU

¡Oh! ¡qué escándalo! (Siguen disputando acaloradamente con monosílabos y exclamaciones.)

SOR SIMONA

(En el grupo de la derecha.) ¡Adiós, hijo mío! ¡No me olvides! (Le besa en la frente.)

ANGEL

(Besándola.) Adiós, señora y madre de los desvalidos.

ULIBARRI

Y si su padre me pregunta por ti, ¿qué quieres que le diga?

SOR SIMONA

Dígale usted que en prueba de que no le guardo rencor, ofrecí mi vida por salvar la de su hijo... Y tú, Angel, á tu madre Pilar le dices lo mismo. Adiós.

ULIBARRI

(A Sor Simona.) Y pues no quieres ir á La Guardia, ¿adónde te llevaremos?

SACRIS

(Desprendiéndose furioso de los amigos que le sujetan, viene al proscenio.) No podréis llevárosla. La santa mujer, amorosa y sublime, me pertenece: dejádmela. (Los amigos le sujetan.)

SOR SIMONA

(Con serena majestad.) Sacris, yo no soy tuya

ni lo seré jamás; busca la gloria conforme á tu vocación militar. Adiós para siempre.

SACRIS

(Desesperado, apretándose el cráneo.) ¡Oh desventura mía! ¡Mi gloria es ella! No quiero batallar, no quiero vivir. Mi primera vocación me llama. (Arroja la espada.) ¡Dios de mi juventud, vuelvo á ti! (Los amigos le sujetan é intentan llevársele; pero él forcejea hasta que baja el telón.)

ULIBARRI

(A Mendavia.) Tú llevarás á este joven á La Guardia; Clavijo y yo nos ponemos á las órdenes de Sor Simona para... (Lentamente se dirigen hacia la izquierda Mendavia y Angel; éste vuelve hacia atrás su rostro para contemplar á Sor Simona, que le ve partir con ternura y desconsuelo.)

ANGEL

(Pensativo, detiénese en la puerta de la izquierda antes de partir.) Y la santa madre, ¿adónde irá?

ULIBARRI

(En el centro del proscenio.) Querida sobrina, dinos qué camino quieres seguir.

SOR SIMONA

Llevadme á Viana.

CLAVIJO

(Con alegría.) Muy bien.

NATIKA

(Llorando, se agarra á la falda de Sor Simona.) Lléveme, señora.

MIGUELA y SAMPEDRO

Y á mí, y á mí.

SOR SIMONA

Sí, venid conmigo; desde Viana continuaré consagrando mi pobre existencia al socorro de los infelices y menesterosos; pero libremente... libremente... (Con elevada entonación.) Quiero ser libre, como el soplo divino que mueve los mundos. (Todas las figuras de esta última escena se agrupan convenientemente para formar un hermoso cuadro.)

Telón.

FIN DEL DRAMA

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales obscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and introduction, by *F. A. Kirkpatrick. University Press:* Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes:* Boston, 1903.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh:* Boston and London, Ginn and C°, 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell. American Brook Company:* New-York, 1902.

El Abuelo: New-York.

TRADUCCIONES

En inglés:

Doña Perfecta, a tàle of modern Spain. Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

Idem. Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1883.

Idem. New-York, 1884.

Idem. Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1883.

Gloria. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

Idem. Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

León Roch. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1888.

Marianela. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1883.

Idem. Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

Trafalgar. Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.

Zaragoza. Traducción de Minna Caroline Smith. Boston, Little, Brown and Company, 1899.

La batalla de los Arapiles. Traducción de Rollo Ogden. Filadelfia, J. B. Lippincott Company, 1895.

En francés:

Doña Perfecta. Traducción de L. Lugol. París, Giraud, 1885.

Idem id. id. París, Hachette.

La campaña del Maestrazgo (Le Roman de Sœur Marcela). Traducción de L. de L***. Paris, Calmann-Levy, Editeurs, 3, rue Auber.

Marianela. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie des publications à 50 centimes, 34, rue de la Montagne-Sainte-Geneviève.

Idem. Traducción de A. Germond de Lavigne. Paris, Librairie Hachette et C[ie], 79, Boulevard Saint-Germain, 1884.

El amigo Manso. Traducción de Julien Lugol. Paris, Librairie Hachette et C[ie], 79, Boulevard Saint-Germain, 1888.

Misericordia. Traducción de Maurice Bixio. Paris, Librairie Hachette, 1900.

En alemán:

Doña Perfecta. Dos tomos, traducción

de J. Reichell. Dresde y Leipsich, Pierson's Berlag, 1886.

Electra. Traducción de Rudolf Beer. Wiener Verlag, 1901.

Idem. Traducción de Rodolfo Beer, arreglada para la escena alemana por Ricardo Fellner. Berlín, 1901.

Gloria. Traducción del Dr. Augusto Hartmann. Berlín, Verlag von L. Schleiermacher, 1880.

El amigo Manso (Freund Manso). Traducción de E. von Buddenbrock. Berlín, Verlag von Karl Siegesmund, 1894.

Trafalgar. Traducción de Hans Parlow. Dresde y Leipzig, Verlag von Carl Reitzner, 1896.

Marianela. Traducción de E. Plücher. Breslau, Auterhaltungsblatt, 1888.

En sueco:

Doña Perfecta. Traducción de K. A. Hagberg. Stockholm, Skoglunuds Förlag.

León Roch. Traducción de A. P. de la Cruz Frölich. Kjöpenhaun (Copenhague). Forlag. Andr. Schous, 1881.

Torquemada en la hoguera (Torquemada paa baalet). Traducción de Johanne Alleu. Cristianía y Copenhague, Forlag A. Christiansens, 1898.

En italiano:

Nazarín (Sicut-Christus). Traducción de Guido Rubetti y José Leon Pagano. Firenze, G. Nerbini.

Gloria. Traducción de Italo Argenti. Firenze, R. Bemporad & Figlio, 1901.

Marianela. Traducción de G. Demichelis. Bologna, Tipografia Pont. Mareggiani, via Volturno, 3, 1880.

La Fontana de Oro. Traducción de Denuchelis. Milán, Fratelli Treves, 1890.

Doña Perfecta. Traducción de Cunes. Milán, Fratelli Treves, 1897.

En holandés:

Doña Perfecta. Traducción de M. A. de Goeje. Leiden, Brill, 1883.

Electra. Leiden, A. H. Adriani, 1901.

En portugues:

Electra. Traducción de Ramalho Ortigao. Oporto, librería Chardron, de Lello & Irmao, editores, 1901.

En dinamarqués:

Fru Perfecta. Traducción de Gigas. Copenhague, Priors, 1895.



